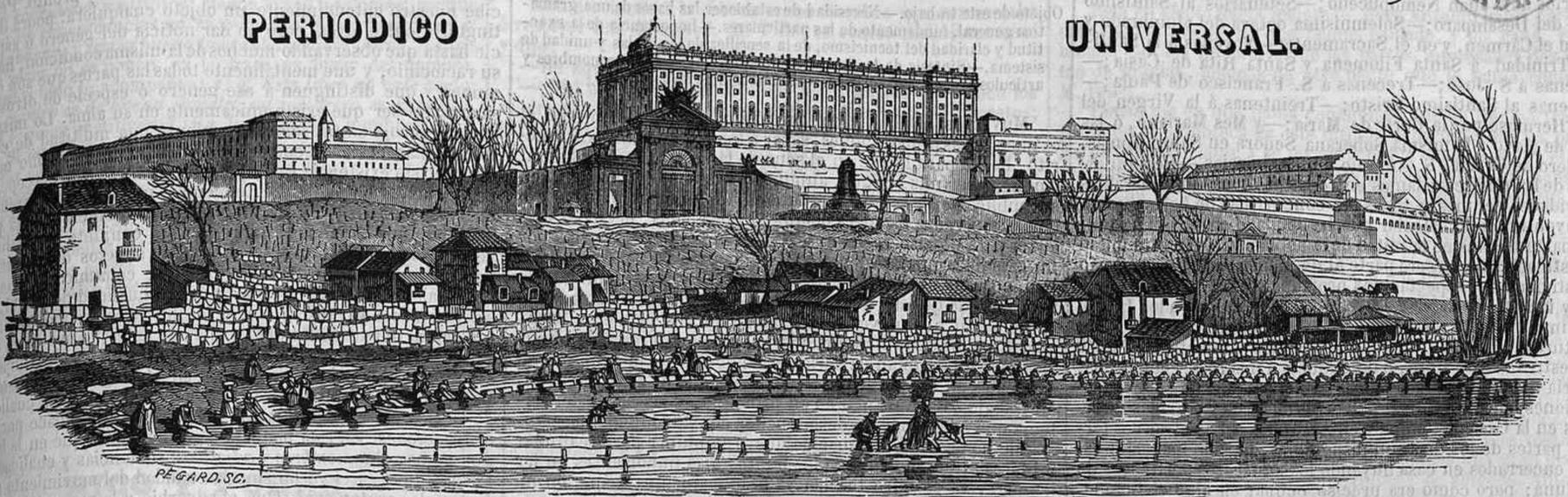


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 8 rs.

NUM. 223.—SÁBADO 4 DE JUNIO DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE MAYO.

Hé aquí la estadística laboral del mes de mayo del año de gracia 1853, en la muy heroica, feliz y serenísima capital del reino.

Domingos, días 1.º, 8, 15, 22 y 29. . . . .	5
Día 2, fiesta nacional. . . . .	1
Día 3, la Cruz de Mayo. . . . .	1
Día 5, la Ascension del Señor. . . . .	1
Días 16 y 17, lunes y martes de Pascua de Pentecostés. . . . .	2
Día 26, <i>Corpus Christi</i> . . . . .	1
Día 30, S. Fernando. . . . .	1

TOTAL..... 12 dias.

A cuyas fiestas de precepto religioso—que todo fiel cristiano está muy obligado á cumplir y guardar, al tenor de los mandamientos de nuestra santa madre Iglesia—hay que añadir otras de precepto político ó de costumbre local, igualmente obligatorias para la gran masa de ciudadanos, que se harían un crimen en infringirlas.—Añadiendo pues á aquellos doce dias de la primera categoría, un cálculo aproximado de los de la segunda, nos ofrecerá el resultado siguiente:

Cinco fiestas de toros (que aunque es verdad no han llegado á correrse por causa del temporal, no dispensan por eso de consagrarse á la holgura por inmemorial costumbre por lo menos la mitad del lunes); suman. . . . .	2 ½
Un día de corte y besamanos en Aranjuez. . . . .	1
Una tarde de procesion de Minerva en S. Andrés con siete músicas y acompañamiento de toda la poblacion. . . . .	» ½

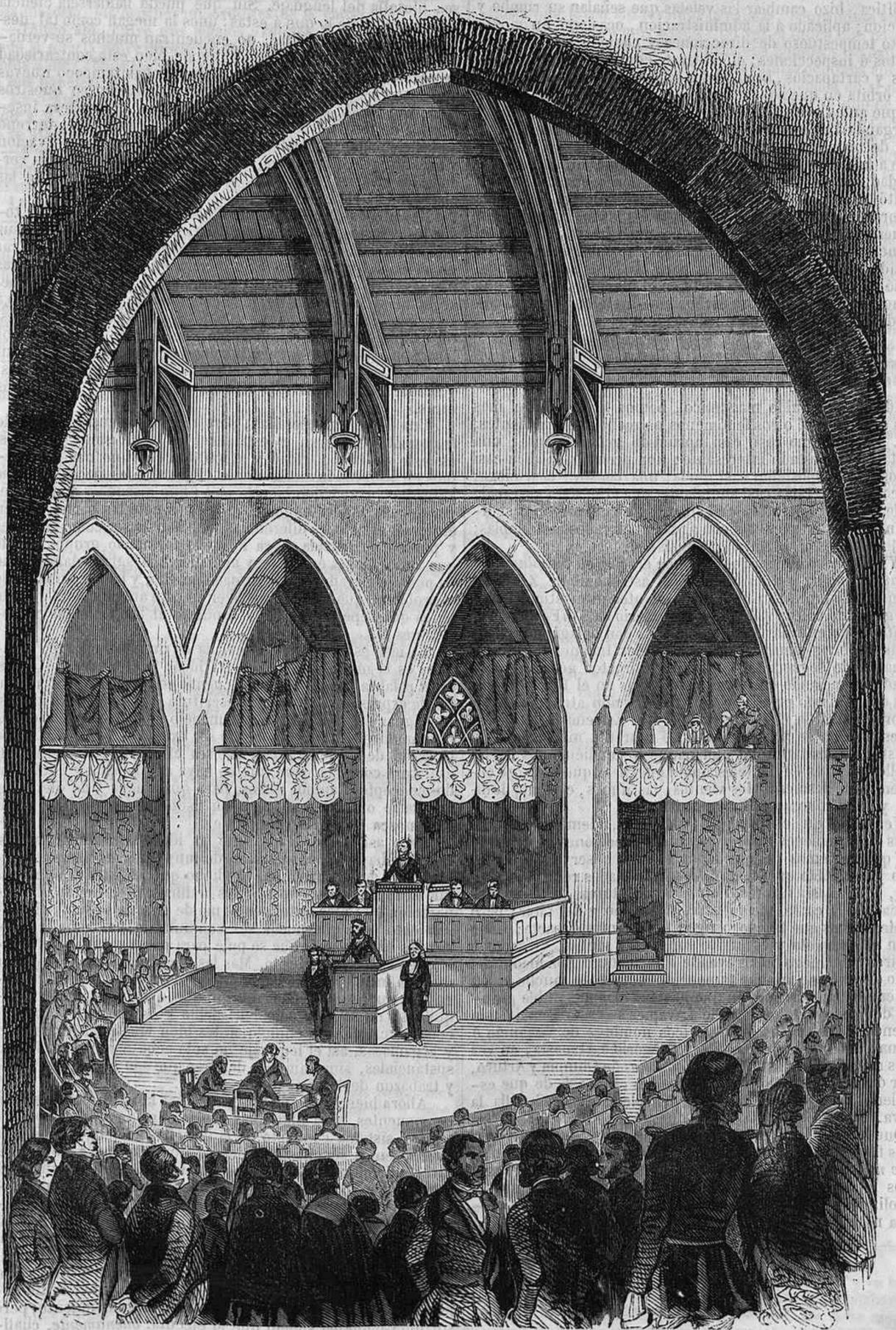
SUMAN..... 4

Que unidos á los doce anteriores hacen diez y seis dias feriados, la mitad mas uno, mayoría absoluta de los 31 de que consta el mes.

Todavía, y segun el mismo calendario, habia que celebrar de oficio el día 23 el aniversario de la promulgacion de la *Constitucion de la monarquía española en 1845*, que por muy olvidada que esté, no puede en conciencia dispensarnos de hacerla un cumplido en tal dia, siquiera no fuese mas que por medio de una tarjeta remitida á domicilio por el correo interior, mediante tres miserables cuartos del porte y uno del valor intrínseco del billete. Lo mismo decimos del otro aniversario del 31, consagrado á los que han fallecido en la gloriosa lucha de la libertad contra la tiranía; que exigia por lo menos una misa ó un responso de parte de los herederos usufructuarios de la ya dicha libertad.

Otras fiestas menores de ritual ó de corte rezaba tambien el almanaque, si bien creemos que las reza solo, como memoria de mejores tiempos en que se observaban generalmente aquellas, ó por lo menos se sabia al poco mas ó menos lo que querian decir.—Tales son las *letanias* de los dias 2, 3 y 4; la *abstinencia en Madrid* del dia 7; las *procesiones generales* de S. Miguel y S. Isidro; la *vigilia con abstinencia de carnes* del sábado antes de Pentecostés; la *bendicion papal* de los dias 15 y 16 en S. Agustin, en los *Mínimos* y en el *Cármén calzado* (que siguen existiendo todavia segun el calendario); las *témporas* del 18, 20 y 24; los dias de *Anima*, de *Ordenes* y otras celebridades de la Iglesia.

Pero si estas—á pesar de su añeja consignacion en el libro oficial—no se observan por ignoradas, no ha sido lo mismo con el sin número de festividades, cultos y obsequios religiosos celebrados en todo el mes por las mil y una cofradías ó congregaciones piadosas en todos los templos de la villa, al tenor del Sarrabal ó del Diario oficial de Avisos, que ha ocupado con el programa de ellas dos ó tres columnas cotidianas.—Solemnísimas funciones á todos los augustos misterios que recuerda la Iglesia en tal mes; á la Ascension del Señor; á la Pascua de Pentecostés; á la Santísima Trini-



La Dieta germánica.

## DE LOS PRONOMBRES.

## ARTICULO PRIMERO.

Objeto de este trabajo.—Necesidad de establecer las bases de una gramática general, fundamento de las particulares.—Importancia de la exactitud y claridad del tecnicismo, de la sencillez de las reglas y unidad de sistema.—Síntesis de la lengua.—Nombres adjetivos, pronombres y artículos según los gramáticos.—Refutación de su doctrina.

Muy lejos estaba de mi propósito, cuando emprendí el examen de las preposiciones, sacar á luz obra de tan escaso mérito, hecha para leerse en el seno de la más íntima confianza. Animado por mis amigos, aunque repugnándolo, consentí en su publicación, seguro ciertamente de su poco valor, pero con la esperanza lisonjera de que si fuese leída, personas más aptas para el caso recogiesen el pensamiento y viéramos por fin estudiada nuestra lengua en un sentido filosófico y analítico, como lo son hoy, puede decirse, todas las del mundo. No desconfío de que así suceda; pero yo tengo otro compromiso con el público, una vez hecho dueño de mis primeros ensayos. En ellos apunté algunas ideas, é hice referencia á observaciones que habían de ser desconocidas, como que fueron expuestas en amistosas discusiones de que no tenían noticia. Mi trabajo estaba manco en su principio, y las bases del sistema que adoptaba, no desenvueltas convenientemente.

Me he decidido á tomar de nuevo la pluma para reanudar mi tarea, tratando uno de los puntos más importantes en las lenguas, ya se mire teórica ya prácticamente, y que en mi pobre entender anda confuso y atropellado en las obras gramaticales, por razones que señalaré muy en breve. Voy á entrar en el examen, índole y naturaleza de lo que se conoce en todos los idiomas bajo la denominación de pronombres, no sin hacer aplicaciones al de mi patria.

Muchos impugnadores y no pocos secuaces tiene, en los tiempos que corremos, el estudio de la gramática general, ó sea filosofía del lenguaje. Sin que pueda llamársela ciencia nueva, sucede lo que á estas: unos la niegan como tal, desconocen otros su utilidad, no encuentran muchos su verdadera aplicación. Creo que se entiende bien esta contrariedad de pareceres, observando que otras muchas tampoco nuevas pero desarrolladas bajo un principio sistemático en nuestros días, han tenido igual ó semejante fortuna, compañera inseparable de toda novedad que se anuncia, tanto en el terreno de las ciencias especulativas, como en el de las de observación y análisis. ¡Cuántas veces, sofocados los hombres por su verdad, les cierran las puertas de la discusión! cuántas se las abandona al ridículo!

No debe aspirar la filosofía del lenguaje á comprender todos los resortes de una lengua dada, con sus tradiciones y sus inconsecuencias, con sus bellezas y sus defectos. Sería entrar en el caos, perderse en averiguaciones inútiles, cansar las fuerzas para correr un corto camino sin llegar á su fin. Debe, sí, fijar las ideas generales, indagar su naturaleza, atendiendo á su origen, á sus funciones y al objeto que representan. Menester es que sea como el molde en que han de vaciarse todos los idiomas para que saquen iguales proporciones, pero dejando á cada nación, que es el artista, el suavizar los contornos, y acabar los perfiles que han de distinguir las unas de las otras.

Una de las más pesadas, pero más indispensable tarea de la gramática general, es establecer el tecnicismo; porque si en este no hay claridad y exactitud, en vano nos perdemos en inútiles investigaciones. Para ello es necesario que antes haya concebido bien la idea; que diseque y anatómicamente, por decirlo así, el lenguaje, y después note las partes que en él tienen esenciales diferencias, que han de ser como las bases y puntos de partida, para ir luego formando grupos de las que vea análogas en índole y genialidad. Desgraciadamente no ha puesto la gramática su cuidado en ello; y hé aquí planteado el problema que trato de resolver en este artículo, aun cuando tenga que repetir algo de lo espuesto al hablar de las preposiciones.

La idea es la fórmula abreviada de un pensamiento; la palabra es la manifestación de esta idea; la escritura, el cincel de la palabra. La inteligencia cuenta con sus dos instrumentos de expresión, el habla y la escritura, la lengua y las manos. Averiguar pues el buen uso y manejo de estos es el oficio de la gramática. El lenguaje ha de ser exacto y lógico en la colocación de las ideas, para que sea claro el pensamiento; la escritura correcta, para que no haya ambigüedades y equivocados conceptos: ambos puros, para que quepa y no ofenda el necesario ornato: ambos con su fisonomía propia, para que se conozca su patria y su linaje.

Pero así como lógicamente las ideas se diferencian, así también hay que considerarlas de muy diversas maneras bajo el prisma de la gramática. He dicho que esta no es otra cosa que la inteligencia con sus dos artifices. Repitiendo la comparación que hice antes, es el molde en que se vacía el pensamiento para que pueda ser comunicado, así como la retórica es el buril con que se pule para que no resulte el semblante áspero y desabrido. Mas las ideas ni están aisladas en nuestra mente, ni pueden enunciarse sino con el enlace necesario que en sí tienen: de aquí que, á la manera que el arquitecto no se vale solo del ladrillo y de las piedras para la construcción de un edificio, antes bien añade las trabazones y argamasas, así el lenguaje no solo echa mano de las ideas sustanciales, sino también de otras que son como el artificio y trabazon de la gramática.

Ahora bien, tratemos de escudriñar la naturaleza de estos componentes, para fijar unas reglas ó principios claros que sean el sistema completo de la filosofía del lenguaje, con lo cual daremos sencillez y unidad á nuestras indagaciones futuras, dirigiéndonos suavemente al punto que tratamos de estudiar, y fijando con distinción su doctrina. Hemos dicho que en la lengua no hay más que ideas, aunque de diferentes caracteres; por tanto cada palabra es la representación de una idea, pero de una idea abstracta, generalizada. *Hombre*, una especie de los vivientes, no este ó aquel individuo; *árbol*, un género de los vegetales, no esta planta dada; *verde*, la cualidad general de un color, pero no el de un objeto especial: *andar*, la acción general del movimiento, pero sin indicación del sujeto que lo ejecuta: *buenamente*, cualidad de la acción sin señalamiento de persona: *sobre*, *en*, indi-

adoras de la posición, sin que manifiesten la cosa que está colocada de este ó del otro modo. La idea concreta viene con la unión de las palabras, como la unión de las horas forma el día. Pero todas estas ideas abstractas, generalizadas, no son iguales en naturaleza, como vamos á ver muy pronto. Percibe nuestro entendimiento un objeto cualquiera: podrá distinguirlo entre otros, pero no dar noticia del género ó especie hasta que observando muchos de la misma condición, hace su raciocinio, y une mentalmente todas las partes que son comunes y que distinguen á ese género ó especie de otros, y se crea un ser que existe únicamente en su alma. Lo mismo cuando recoge en un solo pensamiento una multitud de circunstancias morales, con las que dentro de sí mismo nace otro ser sin existencia real. Al generalizarse estas percepciones y juicios en nuestra inteligencia, nos dan por resultado una idea sustantiva, la fórmula de una sustancia creada por nosotros, que es como la expresión del conjunto de cualidades análogas ó idénticas de diferentes sujetos de la misma naturaleza. Cuando este pensamiento se comunica por medio de la palabra tenemos el nombre. Cada cualidad de por sí, ya sea extrínseca ya intrínseca, ó lo que es lo mismo, ya diferenciencia al objeto de los demás por ser constitutiva de su naturaleza, ó accidental de su materia y forma, ya sea hija de su posición ó existencia, nos da en el lenguaje el adjetivo. La vida de esta sustancia se traduce por el verbo. La cualidad de la vida por el adverbio y la preposición. Su enlace por las conjunciones. En esta pequeña síntesis vemos que en la lengua no hay sino nombres y adjetivos: sustancias y cualidades. Porque ¿qué es el verbo sino la cualidad del movimiento que tienen las sustancias? ¿Qué el adverbio y la preposición sino las cualidades de ese movimiento? ¿Y la conjunción qué otra cosa es sino la cualidad de enlace y conexión de las sustancias entre sí? Si queremos más claridad y aun más exactitud, ensanchemos un poco la síntesis, aumentemos una división, y digamos: en la gramática hay que considerar tres cosas, *nombres*, *adjetivos* y *relaciones*. *Nombres*, las palabras que designan la idea general de un ser, de una sustancia, de una creación del espíritu: *adjetivos*, las palabras que expresan las cualidades constitutivas de situación y movimiento de la sustancia: *relaciones*, las que enlazan y traban las sustancias con las cualidades. Pertenecen de las divisiones comunes de los gramáticos, á la primera los nombres, á la segunda los adjetivos, verbos y adverbios, y á la tercera las preposiciones y conjunciones.

Un ejemplo aclarará toda la doctrina: *mesa*, nombre que indica el conjunto de cualidades que se hallan y sirven de esencia á diferentes objetos que se designan con esta palabra. *Virtud*, creación del espíritu que manifiesta el conjunto de condiciones necesarias para formar la abstracción á que damos ese nombre. *Mesa cuadrada*, frase que sin dejar de ser general, limita el pensamiento á la cualidad especial de *cuadrada*, que por sí no expresa una sustancia, un ser, sino una forma, una manera de existir. *Esta mesa*, frase más concreta aun, porque determina su posición y lugar: *esta* no es tampoco sustancia; únicamente una cualidad accidental que señala su situación del momento. *Esta mesa gira*, no solo está concretada aquí la idea, sino puesta en movimiento la sustancia: *gira* no es un ser, es una acción, y una acción es una cualidad que la mesa tiene. *Esta mesa gira suavemente*: tampoco *suavemente* es otra cosa que una cualidad de la acción de girar, que modificando esta, cambia también el movimiento de la sustancia de la mesa. *Esta mesa gira con poco impulso*; aquí el *con* no es indicador de sustancia, de ser, ni es verdaderamente palabra cualitativa; pero uniendo toda la idea anterior á la nueva agregada, supedita la segunda á la primera, haciéndola cualidad de esta: es un signo de enlace y relación.

De propósito he dejado de hablar de la interjección, del participio, del pronombre y del artículo. De la interjección, porque como expuse al hablar de las preposiciones, no puede considerarse como parte de la oración; del participio, porque solo es una modificación del verbo, la cualidad de acción convertida en mera cualidad; y del pronombre y artículo, porque han de ser el objeto especial de mi examen, y cuando llegue su lugar diré cómo los considero.

Voy ahora á hacerme cargo de algunas divisiones más presentadas por los gramáticos. Estos por regla general dividen el nombre en sustantivo y adjetivo. Ya hemos visto la inexactitud de esta clasificación, porque no se comprende que puedan haber bajo la misma nomenclatura cosas que en sí son esencialmente diferentes y que solo pueden tener relaciones en algunas, que no en todas las lenguas, por la semejanza de sus accidentes gramaticales. Consideran como partes separadas de la oración el pronombre y el artículo, y definen el primero diciendo que es la palabra que se pone en lugar del nombre, y al segundo la parte de la oración que antecede á este para indicar su género y número. Veamos si hay exactitud en estos conceptos.

«El artículo demuestra el género y número de los nombres (algunos añaden el caso):» este último sabemos que no existe en castellano, porque no hay declinación, y en las lenguas en que se halla, ese oficio no es del artículo sino de la desinencia. El número va envuelto en el nombre mismo, y lo señala su terminación; y el género está en el significado del nombre, si pertenece á la naturaleza animada, ó lo dice el uso si es inerte. Si fuera el indicador del género, tendría que acompañarle siempre; y no solo no sucede así, sino que hay nombres que lo rechazan. O no hay artículo, ó está mal definido.

«El pronombre es la palabra que se pone en lugar del nombre, es su sustituto:» consecuencia de esto será que tenga, aparte de su significación propia, los mismos accidentes gramaticales que el nombre á quien sustituye y que puedan reemplazarse los unos por los otros sin alterar la concordancia. Fácil es convencernos de que no sucede así, tomando el ejemplo de nuestra lengua, á cuyo conocimiento se dirigen nuestros estudios. Observemos primeramente los pronombres personales, que como su nombre indica, solo pueden ser sustitutos de personas, y examinemos el ejemplo siguiente: *Antonio escribe un drama*. Yo no puede ser el sustituto de *Antonio*, porque no hay concordancia, no puede decirse *Yo escribo*; *Tú* tampoco por la misma razón; *Él* no es pronombre personal, porque lo mismo puede decirse *él escribe*, hablando de Antonio, que *él relincha*, de un caballo, *él rueda*, de un planeta. Pero hagamos la combinación inversa: *Yo escribo*,

dad; al Santísimo Corpus Cristi.—Visperas y Completas á todos los santos bienaventurados que reza el martirologio, desde San Felipe y Santiago hasta S. Isidro Labrador; desde S. Pascual Bailón á S. Fernando;—Triduos al Espíritu Santo;—Quinarios á S. Juan Nepomuceno;—Setenarios al Santísimo Cristo del Desamparo;—Solemnísima octava del alumbrado y vela en el Carmen, y en el Sacramento;—Novenas á la Santísima Trinidad, á Santa Filomena y Santa Rita de Casia;—Duodenas á S. José;—Trecenas á S. Francisco de Paula;—Quincenas al Santísimo Cristo;—Treintenas á la Virgen del Amor Hermoso por la Corte de María;—y Mes Mariano, ó las flores de Mayo á la misma Soberana Señora en Santo Tomás, Caballero de Gracia, S. Antonio y otras iglesias.—Hé aquí algunas de las que recordamos entre las ya dichas innumerables celebridades del mes, y todas tan concurridas de fieles que no será aventurado el calcular que ha ocupado en ellas una tercera parte del mismo la mitad de la población.—La otra mitad ha destinado otra tercera parte al no menos variado repertorio de festividades y espectáculos profanos.—D. Simplicio Bobadilla y la Pata de Cabra; Alarcon y Jaime el Barbutó; El Curioso impertinente y La Mendiga; La Princesa de Eboli y La Aventurera, y otras muchas novedades dramáticas; bailes campestres al aire libre, ó de etiqueta á dos reales la entrada; romería de una semana á la ermita del patrono de Madrid; exposiciones, riñas de gallos, encierros de toros y corridas de caballos en la Casa de Campo y en Aranjuez.—Las otras dos terceras partes de los días aun disponibles, ha sido menester estar encerrados en casa huyendo los aguaceros pertinaces de esta luna; pero como era preciso ocupar en algo el tiempo, se ha dedicado exclusivamente al fenómeno doméstico de las *mesas giratorias*, con que se han completado dignamente los trabajos del mes.

¡EL FLUIDO! Hé aquí el verdadero emblema, el despótico tirano del mes que termina.—Aplicado á las mesas, sombreros, platos y otros muebles mas ó menos quietistas, les hizo girar maravillosamente; aplicado después en mayor escala á la política, hizo cambiar las veletas que señalan su rumbo y dirección; aplicado á la administración, ocasionó un movimiento tempestuoso de direcciones y contadurías, correjimientos é inspecciones; dió al traste con muchas mesas, sillones y cartapacios, haciéndolas saltar hechos pedazos fuera de la órbita en que solían girar; ó cambió la posición respectiva que antes ocupaban, haciendo secretario al cocinero, y encargando á aquel de la cocina; aplicado á la moneda, la hizo girar de mano en mano, desde la del productor y contribuyente á la del recaudador y partícipes; aplicado, en fin, á la sociedad, hizo separar amigos, influyó amores, encendió celos, levantó tormentas eléctricas en hombres y mugeres, en sabios é ignorantes, en niños y viejos, en todos los miembros en fin de nuestra culta sociedad.—Solo no pudo hacer mella en el impenetrable bolsillo de los gallegos acomodados; porque aplicado que fué á la suscripción para alivio de sus paisanos, no fué posible hacer tomar parte en el movimiento mas que alguno que otro,—honrosa escepcion—hasta un par de docenas, de aquellos de quien puede decirse

que vale por mil gallegos el que llega á despuntar.

Además del fluido magnético, hemos tenido en el mes ¡Dios sea bendito! otros fenómenos no menos sorprendentes; v. g. un gobierno casi casi aplaudido generalmente; una gaceta casi en estado interesante; una prensa periódica casi juiciosa; una oposicion casi muda; una censura casi ciega; una cosecha literaria casi abundante; una atmósfera casi nada cerúlea; una temperatura casi siberica; un chaparrón casi diluviano; unas fuentes casi con agua; unas calles casi limpias; un Manzanares casi Danubio ó Misissipi.

¡Y el dichoso almanaque erre que erre en su *templado*, en sus *nubes*, en su *primavera!!!* Y el astrónomo de Zaragoza ganándole siempre la palma en cuantos pronósticos hace! ¡Y el gobierno conservando al observatorio de San Fernando el privilegio de engañar á las muchachas con halagueñas esperanzas de buen tiempo, y lisonjear á los tahoneros con sus amenazas de sequedad! ¡Y el señor Director general de la Armada anunciando en estos mismos días en el Diario la subasta del ya dicho privilegio de *mistificación atmosférica* en las provincias de Castilla la Nueva y Estremadura por la modesta suma de treinta y tres á cuarenta mil reales! ¡Y el postor ó rematante del almanaque revendiéndonos luego aquellos cálculos de los telescopios oficiales, que luego se entretienen en desmentir los vientos, las nubes, el abate Junípero y el astrónomo de Zaragoza!

Verdad es que el susodicho calendario, además del abasto de las observaciones meteorológicas y afecciones astronómicas (que ya vemos de qué modo se mira observado), tiene, como ya indicado queda, el de las festividades religiosas y civiles, pretéritas y futuras, nonnatas y póstumas, reales y fantásticas de la corte, de la villa, del trono y del altar; pero también vimos que tampoco rigen en su mayor parte; tiene en fin el completo y exclusivo surtido de santos, vírgenes y mártires que luego nos revende á la menuda por medio del Diario de Avisos, aunque tampoco nos sirve de mucho ya en los tiempos que corren, en que hasta el mas miserable prendero del rastro ó tabernero de Lavapiés se creeria envilecido poniendo á sus chicos los prosaicos nombres de Venancio ó Pascuala, Mamerta ó Estanislao, Gregorio ó Atanasia, en vez de los mitológicos, históricos y *canábiles* de Olimpia y Arturo, César ó Anibal, Maclovio y Coradino, ú otros así, de que están llenas las leyendas, menos la del calendario de Castilla la Nueva.

Quedamos en que el mes de mayo ha sido de oficio, el mes de las flores, el mes de las fiestas, el mes de la fresa; y en su parte no oficial el mes de los frios, el mes del fluido, el mes de los fenómenos;—con cuántas FFFF habremos de simbolizar su enseña?—No se asusten las *feas*, que esta pregunta no envuelve ninguna alusion personal.

EL CRONISTA.

no puede cambiarse por Francisco escribo por faltar la concordancia, ni por Francisco escribe, porque se altera el significado; es distinta la persona que habla. Luego los pronombres personales, atendiendo a los accidentes gramaticales, nombres personales, atendiendo a los accidentes gramaticales, no son verdaderos sustitutos. Menos lo son los demás; porque si bien las concordancias no se rechazan, y puede decirse *el libro es bueno, y este es bueno* (con referencia al libro), las más de las veces no se ponen en la frase en lugar del nombre, sino antes bien le acompañan: v. g. *Este libro no vale nada; aquel cuadro es de buena escuela; mi sombrero es de castor.* ¿Aquí á quien sustituyen? ¿En lugar de qué nombre se pone? Si los personales no conciertan con los nombres, y los otros no son sustitutos, ¿cómo se les llama pronombres y los otros que están en la oración en lugar del nombre? La definición es mala; y como en esta se halla fundada la nomenclatura con que se les conoce, resulta que esta es mala también. Pues si los artículos están mal definidos, y estos no son pronombres, si esas partes de la oración no existen, ¿qué son esas palabras conocidas hasta aquí bajo esas denominaciones? Objeto será esto del siguiente artículo, apuntando tan solo en este que bajo un mismo nombre hasta aquí se han reunido palabras que expresan ideas de naturaleza totalmente distinta.

Madrid 24 de Mayo de 1853.

F. DE PAULA SELJAS.

## RICO Y POBRE.

(Continuación.)

Pero al día siguiente de su conversacion con Randel, se levantó decidido á hacer un esfuerzo y á ver á M. Pillet. Visitóse con mayor esmero que otras veces, y salió sin pasar por la tienda, á fin de evitar las preguntas de su madre; pero le vió una vecina, y dijo llena de sorpresa:

—Dios mio! ¿Adónde va el señor Larry? ¿Si parece un príncipe!

Antonio apresuró el paso murmurando:

—No quiero que me vean entrar en casa de M. Pillet, porque esto daría materia para conjeturas que durarian ocho días.

Pasó por consiguiente delante de la puerta del viejo abogado sin entrar en ella; pero al llegar á la esquina de la calle, volvióse de pronto y se precipitó en el portal con la seguridad de no haber sido observado.

El abogado vivía en el segundo piso, y Antonio subió á él lentamente y con el corazón palpitante. Ya iba á tirar del cordón de la campanilla, cuando se detuvo. ¿Qué iba á decir al entrar? ¿Cómo esplicaría á M. Pillet aquella visita? ¡Ah! ¿Si no estuviese en casa! ¿Con cuánto placer se retiraría á su casa!

Mientras se entregaba á esta vacilacion, oyéronse voces en el interior de la habitacion, y algunas personas se acercaron á la puerta. Antonio quiso bajar; pero ya no era tiempo, porque la puerta se abrió, apareciendo M. Pillet, que se despedía de dos señoras. Sorprendido el joven abogado, no tuvo mas remedio que detenerse y saludar.

—Como! ¿Sois vos, señor Larry? exclamó el viejo. ¿A qué dichosa casualidad debo el honor de vuestra visita? Entrad, entrad.

Y antes que Antonio volviese en sí, le hizo pasar adelante, cerró la puerta, y le condujo á un gabinete en cuya chimenea brillaba un fuego que regocijaba el ánimo.

El viejo abogado dió una silla á su joven compañero, sentóse enfrente de él, y le dijo:

—Habeis llegado en la mejor ocasion, señor Larry, pues vais á darme vuestro parecer sobre dos dificultades de derecho que me han sometido esas damas que acaban de salir.

—Tengo poca esperiencia, y lo que para vos es difícil, debe ser para mí un enigma indescifrable.

—¡Bah! No digais esas cosas, porque la modestia es perjudicial en nuestra profesion. Yo sé perfectamente que sois un hombre instruido, y así escuchadme.

Hé aquí de lo que se trata:

Los intereses moratorios, esto es, los que proceden de capitales adjudicados por sentencia judicial, ¿se hallan sometidos á la prescripcion de cinco años establecida por el artículo dos mil doscientos setenta y siete del Código civil?

Antonio reflexionó un instante.

—No lo creo, contestó: he examinado algunas veces esa cuestion, y me parece que los intereses moratorios solo estan sometidos á la prescripcion de treinta años.

—Ese es tambien el parecer de M. Prullhon en su *Tratado del usufructo*, el de Lacroix, Frainville y Ravez, en sus *Consultas impresas*, y el de Dalloz en su *Repertorio*.

—Esas autoridades no permiten la menor duda, observó Antonio, y mucho menos si ha habido decisiones que hayan confirmado su opinion.

—Muchas; el tribunal de París ha decidido tres veces en ese sentido, y los de Burdeos, Agen, Lyon y Rennes han adoptado la misma jurisprudencia.

—Luego el punto está muy claro, supuesto ese acuerdo general.

—No; hay algunas dificultades: si contamos cuatro jurisprudencias por la afirmativa, tenemos seis por la negativa, pues Merlin en su *Repertorio de Jurisprudencia*, Vazulle en el *Tratado de la prescripcion*, Natilmenil, Persil y Dupin en una *Consulta impresa*, y Troplong en otro *Tratado de la prescripcion*, deciden que los intereses moratorios estan sujetos á la prescripcion de cinco años.

—Esa opinion, sin embargo, no ha sido adoptada por los tribunales, segun vuestras propias palabras.

—Perdonad, amigo mio: os he citado cuatro decisiones para la prescripcion de treinta años; pero hay cinco para la de cinco años, dadas por los tribunales de Amiens, Bourges, Limoges, Nimes, y Burdeos, el cual, como podeis conocer, sostiene á un mismo tiempo dos opiniones encontradas, circunstancia no poco embarazosa para el público.

Antonio permaneció desconcertado algunos instantes.

—No importa, dijo al fin: supuesto que el tribunal mayor está por la opinion negativa, su jurisprudencia es suprema y hace ley.

—Sin duda; pero ese mismo tribunal ha adoptado tambien la opinion afirmativa. ¿Cuál de estas dos decisiones debemos aceptar? ¿Cómo hemos de conocer verdaderamente la opinion de los que hoy dicen sí y mañana no?

Antonio inclinó la cabeza como hombre que renunciaba á resolver una dificultad. M. Pillet se sonrió maliciosamente y dijo:

—Hé aquí la segunda cuestion...

—¡Oh! basta, repuso Antonio; he estudiado muy poco los repertorios de jurisprudencia y las colecciones de decretos; por lo tanto no puedo servirlos en eso con utilidad.

—Hé ahí las ventajas de los libros de derecho; merced á ellos, son elásticos los códigos y la ley tiene siempre dos significaciones claras, esplicadas por los comentarios y diametralmente opuestas.

—¿Cuándo tendremos un código tan sencillo y sincero, que todos puedan comprender sus leyes del mismo modo!

—¿Qué diablos estais diciendo? ¿es un abogado quien habla así? ¿se ha quejado nunca un bandido del mal estado de los caminos? Si no hubiese pleitos, ¿qué sería de nosotros? ¿Y por qué hay pleitos? Porque no hay dos hombres que entiendan las leyes de la misma manera.

Antonio guardó silencio por algunos instantes, y al fin dijo:

—Veo que es preciso conocer todos los subterfugios y todos los comentarios para ejercer con provecho la profesion que he adoptado, y hé aquí la imposibilidad en que me encuentro de completar mi instruccion.

—¿Y por qué? Tal vez no tenéis todos los libros para estudiar...

—Verdad es que no siempre...

—Compañero, no ignorais que somos vecinos y que mi biblioteca está siempre á vuestra disposicion.

—Os doy mil gracias, M. Pillet; pero ya sabeis que no bastan los libros: es preciso estudiar sobre el cadáver, como dicen los cirujanos, y acostumbrarse á encontrar, en medio de la materia, los órganos importantes de la causa.

—Tengo ahí, entre mis legajos, repuso M. Pillet, señalando la puerta entreabierta de otro gabinete, con que hacer sabios á diez abogados: no hay cuestion de derecho que falte en mis papeles.

La ocasion era propicia para Antonio, y hubiera querido pedir á M. Pillet el permiso de estudiar aquellos legajos; pero no se atrevió.

—A propósito, vecino, añadió el viejo abogado; ¿conocéis á algun joven que haya estudiado derecho y quiera ayudarme á examinar mis legajos y clasificarlos?

Larry no osó proponer su cooperacion.

—A nadie conozco, contestó.

—Sería para un abogado nuevo una buena ocasion de instruirse y adelantarse. Salmon, á quien conocéis, empezó así conmigo.

Antonio queria hablar, pero una repugnancia invencible le contenía. Maldecía su timidez y no podía dominarla. Felizmente M. Pillet le presentaba tentacion sobre tentacion para decidirle.

—¿Veis eso? dijo á Larry señalándole una mesa llena de papeles: necesito desmenuarlos en esta semana, y estoy solo; de modo que me será imposible hacerlos.

Antonio por fin se atrevió á murmurar:

—Si yo pudiera servirlos...

—Acepto con el mayor gusto, respondió M. Pillet; pero bajo el supuesto de que la tarea no os incomo le.

—Al contrario; será para mí una ocasion de instruirme.

—Y para mí un verdadero descanso. Ea pues! estamos convenidos y os doy las gracias. ¿Quereis llevaros algunos legajos?

—Sí por cierto.

M. Pillet rebuscó en la mesa y dió á Antonio muchos papeles. Este se levantó, y después de varias esplicaciones se despidió del viejo abogado, quien le acompañó hasta la puerta con el mayor afecto.

Era la vez primera que Larry recibía tan señaladas muestras de consideracion, que solo se conceden á los hombres que valen algo. Entró pues en su casa encantado de aquella visita, oprimiendo bajo el brazo como un tesoro los legajos de M. Pillet. Tres días después volvió á casa de este con las piezas que habia examinado, y de las cuales le dió cuenta. El viejo abogado pareció satisfecho de sus esplicaciones claras y precisas, y le dijo:

—Amigo Larry, habeis comprendido tan perfectamente estos asuntos, que sería lástima que pasasen á otras manos. ¿Quereis encargaros de correr con ellos?

Antonio se estremeció de sorpresa y de placer.

—Yo... murmuró: pero ¿convendrán en ello las partes interesadas?

—Estoy autorizado para todo; por lo tanto, ved si os conviene...

—¡Oh! Muchísimo; y os doy infinitas gracias: procuraré responder dignamente á vuestra confianza.

Pillet le dió algunas instrucciones, se arreglaron en los procedimientos que debían seguirse, y se separaron amistosamente.

Vuelto á su casa Antonio, se sentó sin poder hablar de contento. ¡Tenía dos causas! ¡Empezaba al fin su carrera! La trastienda le pareció menos sombría, su madre menos regañona, y los muebles menos tristes y menos destrozados! Sintió vivamente aquella embriaguez que inspira el principio de un estado cualquiera: todos sus temores, todas sus penas habian desaparecido; se encontraba fuerte y dispuesto á emprenderlo todo, y empezó á pensar de nuevo en los proyectos que otras veces habia concebido y abandonado; se atrevió á examinar su porvenir, y se creyó dichoso y amado. Habia penetrado en su corazón un rayo de esperanza.

Un mes después de la primera visita hecha á M. Pillet por Antonio, se hallaba este en la biblioteca del viejo abogado delante de una mesa atestado de *in folios* y de legajos.

Habia aceptado la proposicion de su vecino, de estudiar en aquella pieza, en la cual pasaba todos los días algunas horas ocupado en recorrer obras de derecho y en examinar legajos, de que daba cuenta á M. Pillet.

Por árido que fuese este trabajo, lo desempeñaba con gusto, porque era voluntario, y porque de ese modo correspondía á la benevolencia del viejo abogado y cambio de situacion que le habia proporcionado.

Esta en efecto habia mejorado, pues Antonio habia corrido con los dos pleitos de que hemos hablado, y los ganó, recibiendo con los honorarios de las partes interesadas dos cartas de gracias, además de otro pleito que le habia confiado M. Pillet.

Cierto día en que habia consumido mucho tiempo trabajando en la biblioteca de este último, separó por fin los papeles que tenía delante y se levantó. Había encontrado ya el secreto del asunto contenido en los papeles que examinaba, y satisfecho de su tarea, no quiso llevar mas adelante sus investigaciones.

La noche empezaba á caer, y los últimos resplandores del sol teñían de púrpura las cortinas de la biblioteca. El joven dió algunos paseos por la estancia, y por último se acercó á la ventana, y se puso á mirar por los cristales. El jardín de Mr. Pillet estaba encajonado entre cuatro edificios, y por lo tanto nunca recibía el calor del sol ni el aire vivificante de la atmósfera. Antonio, aunque sin darse cuenta de las sensaciones que experimentaba, empezó á sentir la influencia de aquella perspectiva triste y monótona; pero prosiguió contemplando aquel jardín abandonado y los edificios que lo encerraban. De pronto se dirigieron sus miradas hacia una ventana, de la cual colgaba una jaula: contenía además una gran planta de reseda y otras varias de capuchinas y de alhelios. Antonio reconoció en aquellas inevitables producciones de la naturaleza el jardín del hijo del pueblo, tal como él lo habia amado en otro tiempo. Este recuerdo de su infancia le enterneció y abrió la ventana con el objeto de ver, si podía, al propietario de aquellas plantas naturales; esperaba que se le presentaría algun aprendiz con delantal de cuero; pero no bien fijó la vista en la otra ventana, cuando se quedó inmóvil de sorpresa.

Cosía una joven sin levantar la cabeza, ocupándose en arreglar un vestido, ya muy usado y tal vez el único que poseía, porque no tenía otro puesto y cubría sus hombros un pañuelito de algodón. La manga corta de la camisa ocultaba apenas el nacimiento del brazo. Elegante y replegada en sí misma, como un gatito, descansaba en el suelo con uno de sus pies blancos y desnudos. A corta distancia se divisaba colocado sobre el respaldo de una silla un par de medias de color gris, que se secaban al fuego. De vez en cuando, si alguna mosca se posaba en el brazo descubierto de la joven, ó si un rizo de sus cabellos caía sobre su cara, meneaba la cabeza con gracia, aunque sin separar la vista de su trabajo. Por último, Antonio la vió romper el hilo con los dientes, y levantarse: separó en seguida la silla, suspendió el vestido de su mano izquierda para examinarlo mejor, y satisfecha sin duda de su obra, se dirigió al fondo de la habitacion, donde el joven abogado la perdió de vista.

Pero pocos instantes después apareció ataviada con aquel mismo vestido, cuyos pliegues ordenaba inclinando la cabeza hacia atrás para mirarse. Adelantóse hacia el fogon, cojió las medias que estaban secándose, las miró bien para cerciorarse de que no estaban rotas, se sentó, y empezó á calzarse cantando. Colocó luego ambos pies uno junto á otro, los contempló con alegría infantil, dió un brinquito, y se acercó á la ventana. Entonces fué cuando Antonio pudo examinar bien su rostro.

Nada tenía de particular su hermosura; pero era una de esas fisonomías en las que el contento y la juventud derraman todos sus encantos. Sus ojos negros aparecían cariñosos, aumentaba el corte de su boca una sonrisa habitual, y sobre su frente color de rosa caía una de esas cabelleras, cuyo suave reflejo armoniza con todas las expresiones. Faltaba tal vez á todas sus facciones una elegancia distinguida; pero no se echaba de menos en los primeros momentos: habia en su animacion algo de amable y seductor, que hacia notable efecto en los corazones, y su atractivo, cualquier que fuese la causa, era de todo punto irresistible. Antonio lo esperimentó así vivamente, pues permaneció apoyado en la ventana con el corazón palpitante y la vista fija en la joven, sin atreverse á hacer un movimiento por temor de denunciar su presencia.

Ella entre tanto sacó al gilguerrillo de su jaula y le hizo mil caricias, hasta que por fin lo metió en su pecho; el pájaro, ágil y jugueton, batía las alas y hacia mil esfuerzos para escaparse; consiguió al fin, y quedó enredado entre las ramas de un árbol inmediato; la joven le tendió los brazos como llamándole, pero el gilguero tomó vuelo y entonces exclamó ella:

—¡Ay mi pájaro!

Y al mismo tiempo vió á Antonio, quien inclinándose fuera de la ventana, acababa de atrapar al fugitivo, que revoloteaba arrinado á la pared.

Ruborizóse y se sonrió.

—Voy á llevarosle, la dijo el joven abogado.

Salió de la habitacion de M. Pillet, y bajó la escalera corriendo.

No bien estuvo en el piso bajo, cuando se le presentó la joven confusa y contenta anudando entre sus dedos las puntas del pañuelo que cubría sus hombros.

—Aquí tenéis al desertor, la dijo Antonio.

Ella adelantó la mano para cojer el gilguero, y al mismo tiempo se abrió completamente la puerta y apareció una anciana.

—Vamos, dáis las gracias al señor, Luisa. Me parece que este caballero es adjunto de M. Pillet: entrad si gustais, joven. ¿Cómo consientes que esté á la puerta? Perdonadla, porque solo piensa en su canario. Vamos, Luisa, una silla al momento.

Hablando con esta volubilidad, la anciana habia hecho entrar á Antonio, quien no sabia por su parte cómo entablar la conversacion: su introductora le evitó aquella molestia.

—Habeis hecho un gran servicio á Luisa, caballero, porque la pobre hubiera estado llorando tres días si el pájaro se hubiese perdido.

—Me considero feliz, señora, si he conseguido complacer á vuestra hija.

—Perdonad; Luisa no es hija mia, sino ahijada, y yo la he acojido por caridad. ¡Pobrecilla! No lo digo por alabarme; pero ha sido feliz en haberme encontrado. Me debe ciertamente todo el pan que ha comido en el mundo, y á no ser por mí, se vería hoy en un asilo de caridad.



Rico y pobre.

Antonio trató de despedirse, porque no le agradaban estas confidencias; pero la anciana le detuvo preguntándole:

—Hace mucho tiempo que trabajais con M. Pillet?

—Un mes, contestó el joven.

—Por eso decía yo que no había tenido el honor de conoceros. Como salgo tan poco de mi alcoba... y paso la mayor parte de los días en la cama...

Larry reparó en efecto por primera vez el aspecto enfermizo de la que le hablaba.

—¿Estáis mala? la preguntó con interés.

—Hace un año que recibí un golpe en el pecho, y desde entonces padezco sin cesar.

—¿Y no habeis consultado á ningun médico?

—¿Por qué? Un médico es de tan mal agüero en una casa...

—Sin embargo, madrina, observó Luisa, os encontrábais mejor al principio del mal, cuando llamásteis á uno.

—No soy supersticiosa, y no creo en ellos.

Luisa meneó la cabeza manifestando su incredulidad.

—Y luego añadió la vieja: ¡cuestan tanto!

Otro movimiento de la joven reveló que aquel era el verdadero motivo.

Antonio dijo entonces con timidez:

—Si me conociérais mas, señora, os pediría permiso para enviaros un médico amigo mio, llamado Randel, que os aconsejaría bien, dejándoos completamente satisfecha.

Los ojos de Luisa se encontraron con los de Antonio.



Arturo y Luisa.

—Sois un excelente joven, contestó la anciana; pero ya lo veis... como no soy rica...

—Randel no vendrá como médico, sino como amigo, para hablar acerca de vuestra enfermedad y prodigaros sus desvelos... en interés de la ciencia y de la humanidad.

—¿Creeis que ese caballero vendrá generosamente? preguntó Mad. Poirson, que no había entendido bien la delicadeza de Antonio.

—Estoy seguro de ello.

—En ese caso, se lo agradeceré infinito, y me hareis un servicio muy señalado: me encuentre en una situación tristísima; no disfruto una hora de descanso, como lo sabe Luisa, que me asiste noche y día.

—Vendrá Randel, señora.

—¡Ah! os doy las gracias con todo mi corazón.

Y al ver que Antonio se retiraba, añadió:

—¡Cuán agradecida os quedo!

Larry salió de aquella estancia agobiado con el peso de la gratitud de la anciana, y sin atreverse á mirar á Luisa.

## VII.

No bien se hubo alejado de ella, cuando exclamó la vieja:

—¡Qué buen joven, Luisa! ¿sabes cómo se llama?

—Creo que es hijo de la señora Larry, esa tendera que vive ahí enfrente.

—Pues puede llamarse verdaderamente dichosa.

¡Qué complaciente! ¡y con qué gracia saluda! Se conoce desde media legua que ha recibido muy buena educación, porque usa frases que no se oyen en boca de otros. Ha de ser precisamente abogado.

La visita de Antonio hubiera dejado tal vez algunas señales en la memoria de Luisa, si el insufrible charlatanismo de su madrina no la hubiese borrado de su pensamiento.

Mad. Poirson era una muger sin fisonomía propia, uno de esos seres de naturaleza imitativa, cuya vida entera se reduce á un cálculo perpétuo en las vías mas vulgares. Había adoptado á Luisa, no por sensibilidad, sino porque en ello llevaba á cabo una acción que el mundo aprobaría.

Obedecía en todo á la costumbre, es decir, la religión del gobierno mezclada con algo de hipocresía.

En cuanto á Larry, la graciosa aparición de Luisa le había encontrado en disposiciones sumamente favorables. Todo le sonreía entonces: su lucha contra la sociedad había cesado, y con ella la irritación de una inteligencia desconocida. Cumplió su promesa, pues habló de la enfermedad de la anciana con Randel, y este fué á visitarla desde el siguiente día. Antonio la vió tambien todos los días, y con este motivo llegó á tratar á Luisa con la mayor intimidad; en una palabra, se enamoró ciegamente de ella, sirviendo de excusa á sus pláticas las lecciones que la daba. Estas no produjeron el efecto que Antonio deseaba, porque el entendimiento de Luisa se adornó sin engrandecerse, y lo único que sacó esta de los preceptos de Larry fué la vulgar instrucción que hubiera adquirido con un maestro cualquiera.

En cuanto á la situación de la madrina de Luisa, era desesperada. Su marido había muerto en Buenos Aires, y lo único que Mad. Poirson llegó á tener por suyo fué una suma de veinte mil francos, producto de una propiedad vendida por medio de un escribano llamado Clemente. Pero confió este dinero á un tal M. Desormeaux, amigo de su difunto pariente, y se quedó sin él, por haberse presentado en quiebra su depositario.

Antonio encontró una mañana desesperada á la pobre anciana con la carta en que le daban aquella fatal noticia sobre las rodillas, y á Luisa llorando. Enterado del asunto, no quiso detenerse, y corrió á consultarlo con M. Pillet.

Encontró al viejo abogado delante de la chimenea, y al parecer mas alegre que otros días. Ya conocía la desgracia de Mad. Poirson, y había tomado su partido.

Dejó que Larry le enterase del negocio, como si nada supiese, y despues le dijo:

—De modo que esa pobre muger ha quedado sin recursos.

—Esa quiebra es su sentencia de muerte.

—Por desgracia es un asunto tan claro, que no se puede sacar partido de él, pues supongo que el documento de crédito será una obligación ordinaria.

—En efecto; así debe ser.

—Creo que ha de estar por aquí, porque Madama Poirson me confió en otro tiempo sus papeles de familia.

Hizo como que buscaba entre sus legajos, y al fin sacó uno de ellos: lo abrieron, y encontraron el documento de los veinte mil francos.

—Es un simple recibo; dijo friamente.

—¿Y qué va á ser de esa pobre anciana? exclamó Larry.

—Estoy recordando, repuso M. Pillet, que esta suma procede de la venta de la hacienda patrimonial de los Rosales, una venta en que ya le robaron otros veinte mil francos.

—¿Cómo!

—Es una historia que he sabido por casualidad.

—Referídmela, y si encuentro algun medio legal de servir á Mad. Poirson, creed que nada me detendrá.

—¡Oh! sería preciso chocar con una familia poderosa. Por lo demás, os contaré lo que hay en dos palabras. El marido de esa pobre anciana heredó en 1813 la propiedad de los Rosales, y al marcharse á América dió poder al escribano Clemente para que la vendiese. Ya sabeis que M. Poirson murió en Buenos Aires. Pues bien: hacia ya un mes largo que se habían tenido en Francia noticias seguras de su fallecimiento, cuando su muger, que habitaba en Saint-Malo, recibió una carta de Clemente, en la que le participaba que había vendido la hacienda en veinte mil francos. Aprovechándose el escribano del



Rico y pobre.

poder que tenía, y no temiendo reclamaciones por parte de nadie, se había dejado ganar y vendió la propiedad por menos de la mitad de su valor.

—Pero puede alegar que ignoraba la muerte del propietario, probando al mismo tiempo que la hacienda no valía mas.

—En cuanto á lo último es cierto; pero en cuanto á lo primero, tengo aquí la prueba contraria. Vedla.

M. Pillet entregó á Antonio un papel que decía:

«Os hago saber que el armador M. Poirson, á quien pagabais una renta vitalicia de trescientos francos, ha muerto en Buenos Aires, segun acabo de saber positivamente.»

CLEMENTE.»

—Mirad ahora la fecha: 15 de diciembre de 1814, es decir diez días antes del contrato de venta.

Larry se levantó exclamando:

—¿Con que se puede probar el fraude? ¿Puede anularse la venta y puede Mad. Poirson recobrar una posición desahogada? Desde luego me encargo de este negocio.

—Es una locura: reflexionadlo bien.

—Nunca reflexiono cuando estoy convencido de que cumplo con lo que me dicta mi conciencia.

—¿Pero sabeis quien ganó al escribano y adquirió la hacienda de los Rosales?

—No.

—M. de Boissard.



Luisa y Mad. Larry.

—El padre de Arturo!  
 —El mismo.  
 Antonio ocultó la frente entre sus manos, y el abogado se sonrió con malicia.  
 —Por mucho que me cueste, dijo al fin el joven, tomo sobre mí este asunto: hablaré primero á Clemente, y sobre todo á Arturo, para ver si puedo conseguir que no haya escándalo.  
 Al siguiente día pasó muchas horas con M. Pillet reuniendo las diferentes piezas que necesitaba para entablar su litigio: después tomó varios informes respecto á las partes interesadas, y supo que había muerto el escribano Clemente. Debía espues entenderse con sus herederos, y entre espues figuraba también la madre de Arturo, como sobrina del notario tan gravemente comprometido. La familia Boissard era pues la mas interesada en el asunto, y á ella se dirigió Larry.  
 La primera persona que encontró fué á Arturo, que saludó á su antiguo amigo con la mayor cordialidad.  
 —¿Tú por aquí! le dijo estrechando sus manos. Antonio tartamudeó algunas palabras, y al ver Arturo su preocupación le preguntó:  
 —¿Estás enfermo?  
 —No, contestó Larry; pero tengo que hablarte de un negocio importante.  
 —Estoy á tus órdenes.  
 Abrió una puerta y entraron ambos en el gabinete de estudio.  
 —¿Te ha ocurrido alguna desgracia? le dijo Boissard después que tomaron asiento.  
 —Tengo que cumplir el deber mas penoso que podia haberse impuesto: estoy encargado de una reclamacion que te concierne.  
 —Veamos.  
 —Voy á darte primero algunas esplicaciones, y te ruego que no atribuyas á ofensa contra tí nada de lo que me oyeres.  
 Entonces le refirió sus relaciones con Mad. Poirson, la pérdida de esta, su desesperacion y angustia, sus conversaciones con M. Pillet, y la promesa que habia hecho de obtener justicia en favor de la viuda.  
 En esta parte supo Larry escojer palabras que nada tuviesen de ofensivas para Arturo, dando al asunto la apariencia mas bien de una falta de formas, de la cual queria aprovecharse la viuda, que de una bribonada que le habian jugado. Arturo conoció la delicadeza de su amigo, y fingió entender la cuestion del mismo modo que este se la presentaba; de modo que le dijo con alguna sequedad, pero sin cólera:  
 —¿De modo que Mad. Poirson quiere que se anule la venta de los Rosales?  
 —Su posicion la obliga á volverse atrás en una venta tan poco ventajosa para ella.  
 —Necesito estudiar el asunto para formar una idea exacta de él.  
 —Eso es fácil, porque consta de muy pocas piezas, y esas estan muy claras, de modo que no ofrecen la menor duda.  
 —No me lisonjee de tener tanta perspicacia, y así las examinaré cuando se me comuniquen.  
 —Aquí estan y puedes leerlas en un cuarto de hora: por mi parte, estoy autorizado para aceptar un arreglo equitativo.  
 —No podemos tratar así, porque no soy la única parte interesada: necesito pues consultar á mi madre y á los herederos.  
 —Se me figura que todos aprobarán lo que hagas; pero tampoco solicito ningun compromiso en nombre suyo, sino una promesa tuya para que Mad. Poirson conciba alguna esperanza.  
 —Reconoces la justicia de su reclamacion? ¿Consientes en indemnizarla de la pérdida que ha sufrido por la venta de los Rosales?  
 —No puedo contestar mientras no examine los títulos, pues supongo que no se pretenderá que yo mismo me despoje voluntariamente. No quiero dejarme sorprender.  
 Antonio se estremeció; porque si hasta entonces le habia admirado la tranquilidad de Boissard, las palabras que acababa este de pronunciar le causaron una emocion profunda. Se habia presentado como acusador generoso, y se le insultaba: aquella injuria convirtió su piedad en indignacion.  
 —Yo no trato de sorprender á nadie, dijo levantándose bruscamente: no he venido á emplear fraudes, sino á desenmascararlos.  
 —Será preciso probar que, en efecto, se han cometido fraudes, repuso Arturo.  
 Larry le presentó la carta del escribano Clemente.  
 —Esto no probará un fraude, sino una irregularidad, observó Boissard; además, será necesario establecer la autenticidad de esta carta, así como la de los demás escritos.  
 —¿Y luego? le preguntó Antonio con impaciencia.  
 —Luego... pleitearemos.  
 Larry estrujó con rabia los papeles, porque la calma de Arturo le indignaba. Avergonzabase pues de su debilidad y de sus consideraciones, por lo mismo que encontraba un abogado provocador en vez de un hijo avergonzado.  
 Cojió el sombrero, y ya dirigia sus miradas hácia la puerta, cuando le asaltó el recuerdo de Mad. Poirson: un pleito no aliviaria ciertamente su indigencia.... Esta idea le impelió á hacer un esfuerzo.  
 —Piénsalo bien, Arturo, dijo á su discípulo; tienes un grande interés en evitar la pública discusion de este negocio. Ya ves que no he querido calificar severamente la venta de los Rosales; pero posees la habilidad necesaria para haberme

comprendido. Deseo pues que transijas con Mad. Poirson.  
 —Allá veremos.  
 —Tal vez no será tiempo cuando quieras, porque solo tenemos cuatro dias para impedir la prescripcion.  
 —Bien; puedes empezar....  
 —¿Con que prefieres un pleito á un arreglo?  
 —Sí, porque cuento con las probabilidades de la sentencia. Por otra parte, un pleito cuesta mucho y ya veremos cuál de las dos partes será la primera en abandonarlo.  
 —Es decir que cuentas con la pobreza de la parte contraria y no con la justicia. ¿Habrás adquirido legítimamente los Rosales, tan solo porque Mad. Poirson no es bastante rica



Felipe Francisco de Walther.

para probarte lo contrario? Pues bien, apelaré á las leyes; y por doloroso que sea para mí este deber, defenderé la verdad ante los tribunales. Esperaré hasta el último instante, confiando en tu buena fé; pero si dentro de tres dias no haces justicia á Mad. Poirson, juro que dentro de seis meses no serás propietario de los Rosales.  
 Al pronunciar Antonio esta razones, apareció Mad. Boissard en la puerta del gabinete.  
 —¿Qué es esto? dijo. ¿Hay aqui disputa?  
 Sorprendido Antonio, se ruborizó é inclinó la frente.  
 —Vamos ¿de qué se trata? Os he oido nombrar la hacienda de los Rosales.

—Se trata, contestó Arturo, de que nos la quieran arrebatarse.  
 —¿Arrebatarnos los Rosales! ¿Y quién se atreve á ello?  
 —Una muger llamada.... Poirson, que vendió en otro tiempo esa propiedad y que pretende haber sufrido lesion en el precio.  
 —¿Qué importa? Nosotros la compramos del escribano encargado de venderla.  
 —No lo estaba, señora, cuando la adquiristeis, observó Antonio con alterado acento; el escribano traspasó sus poderes.  
 —¿Y sois vos, señor Larry, quien viene á reclamarnos eso? Revelaba una estrañeza y un desprecio tan grandes la mirada con que Madama Boissard acompañó estas palabras, que Antonio sintió oprimirse el pecho.  
 —Me he hecho cargo de este asunto con el mayor sentimiento, respondió vacilando, pero cumplo con un deber. Mad. Poirson es demasiado pobre para que pueda encontrar otro abogado.  
 —Y sin duda ha creído, en medio de su miseria, que un pleito es un buen recurso. En todo caso, debe darnos las gracias, porque al fin hemos formado é instruido al defensor que tiene la amabilidad de suscitar contra nosotros.  
 —Señora, no se ha borrado el recuerdo de lo que os debo; mas ya os he dicho que al defender los intereses de Mad. Poirson, cumplo con mi deber. Hace dias que hubiera podido rehusarle mis servicios, porque todavia no le faltaba pan que llevar á la boca; pero hoy todo lo ha perdido, y su única esperanza es la restitucion que reclama. No he venido aquí sin embargo á amenazar, sino á proponeros, confiando en vuestra justificacion y en vuestra humanidad, un arreglo que evitase toda discusion.  
 —¿Y cuál es?  
 —Una renta vitalicia de 600 francos en favor de Mad. Poirson y transmisible á la joven que ha adoptado por hija.  
 —¿Ah! ¿Con que hay una joven?  
 El tono significativo que dió Mad. Boissard á estas palabras sorprendió á Antonio, pues comprendió vagamente que encerraban una idea insultante. La madre de Arturo, al observar su turbacion añadió:  
 —Perdonad, pues sin duda he cometido una indiscrecion: ya veo que no os corresponde hacernos conocer el campamento enemigo.  
 —El campamento enemigo, señora, se compone de dos mugeres, una de las cuales era ayer una niña, al paso que la otra va á morir, replicó Antonio amargamente. Podeis preguntarme sin indiscrecion todo cuanto les concierne: las dos tienen hambre, y piden para vivir la mitad de lo que se les debe.  
 —Si es que se les debe algo, observó Arturo.  
 —Niégalo en el tribunal, pero no en mi presencia: has visto los documentos y sabes que contienen la verdad, que pueden anular la venta de la hacienda de los Rosales. Lo único que exijo es que no se me obligue á infamar á nadie.  
 —¿Qué quiere decir? preguntó con ansiedad Mad. Boissard.  
 —Lo ignoro; pero se me figura que quieren acusar á nuestro tio Clemente de haber vendido á sabiendas los Rosales por mucho menos de su valor verdadero, y á mi padre de haberse aprovechado del fraude.  
 Madama Boissard se puso pálida, y fijando en Larry una mirada centelleante, dijo sin poder contenerse:  
 —¿Quién ha inventado esa odiosa calumnia? ¿Sois vos?  
 —Nada invento, señora; tengo pruebas de lo que sostengo; pruebas escritas por M. Clemente.  
 —El señor, repuso Arturo, posee piezas que le ha entregado M. Pillet en consecuencia de un abuso de confianza de este, y quiere aprovecharse de ellas.  
 —¿Ah! ¿M. Pillet anda mezclado en el asunto? Ya nada estraño. Habrá comprado el negocio, y este caballero se habrá asociado á él.  
 —¿Señora! exclamó Antonio fuera de sí...  
 Temiendo Arturo que la indignacion de su madre la hiciese propasarse, quiso hablar, pero ella no se lo permitió.  
 —Creo que debíamos esperar, prosiguió irritada, que no llegaría el caso de que el señor nos hiciese el blanco de su industria: bien pudiera recordar que aquel cuya memoria pretende cubrir con el sello de la infamia, le mantuvo de limosna durante siete años.  
 —Basta, señora, basta...  
 —¿Y qué esperais sacar de vuestras calumnias? añadió Mad. Boissard, cuya cólera no conocia ya limites. ¿Qué partido os ha propuesto M. Pillet en sus picardias judiciales?  
 —¿Arturo! gritó Antonio adelantándose hácia su discípulo.  
 Este grito hizo temblar á Mad. Boissard, pues contenia una provocacion tan clara y directa, que no pudo menos de comprenderla.  
 —Yo soy quien os habla, caballero, exclamó interponiéndose delante de Larry; no pidais cuenta á un hijo de las palabras de su madre.  
 —Acepto toda su responsabilidad, madre mia, dijo Arturo.  
 Larry no tuvo fuerzas para contestar, y se apoyó en el respaldo de un sillón, conociéndose que hacia desesperados esfuerzos para contenerse. Por último, se dirigió á la puerta; pero antes de pasar el umbral, acentuó en voz baja estas palabras:  
 —He oido aquí injurias que el hombre mas cobarde no hu-

biera sufrido; yo he callado y me retiro; pero deo satisfechos todos los beneficios que en otro tiempo me dispensásteis, con el daño que acabais de hacerme. Ahora ya estamos en paz; nada os debo.

No bien hubo salido, cuando dijo Arturo a su madre:

—Os habeis mostrado con él demasiado dura; si quiere, puede deshonrarnos.

Antonio se vió precisado á anunciar á Mad. Poirson que sus esfuerzos habian sido inútiles, y que era indispensable entablar un pleito. La pobre muger perdió la esperanza de mejorar de suerte, y el joven abogado tuvo que consolarla, inspirándole valor, tarea en que le ayudó M. Pilet, quien no se sorprendió del resultado de la entrevista de los dos amigos.

Ahora, dijo á Antonio, no podeis retroceder decorosamente, porque la parte contraria os acusaria de calumniador: por lo demás, es tan segura la sentencia contra la familia Boissard, que proporcionaré gustoso á Mad. Poirson los fondos necesarios para seguir el litigio: creo sin embargo que habrá transacción, y que el enemigo presentará proposiciones. Dad principio á los trabajos, y vuestra actividad desarrollará sus inclinaciones pacíficas.

Antonio esperó hasta el cuarto día con una ansiedad mortal; mas viendo que sus esperanzas se habian frustrado, se decidió á lanzar la declaracion de guerra.

Boissard tambien esperaba el ataque, pues no se habia hecho ilusiones, y la reflexion le convenció de que le era necesario evitar á todo trance aquel pleito á pesar de que la parte que en él tomaba Antonio Larry heria su amor propio. Érale por lo mismo penoso avistarse con el hijo del armero para proponerle un arreglo, y deseaba terminar pacíficamente el asunto sin su cooperacion.

Reunió pues á los parientes interesados, como herederos del escribano Clemente; les espuso los motivos del pleito que se intentaba contra ellos, y no le costó mucho hacerles consentir en el proyecto que habia concebido. Dado este paso, se dirigió á casa de Mad. Poirson.

Hallábase esta sola casualmente: cuando Arturo dijo su nombre, dejó escapar una exclamacion de sorpresa y no pudo ocultar su turbacion. Al verse frente á frente con su adversario, sintió el embarazo que experimenta el inferior sublevado contra su superior, y esperó silenciosa que el joven Boissard le explicase el motivo de aquella visita. El la anunció desde luego con la mayor urbanidad que deseaba entenderse con ella acerca del negocio de los Rosales. Quejóse de que la viuda se hubiera valido de otra persona para aquella reclamacion, y concluyó haciéndole proposiciones.

Mad. Poirson tenia tan pocas esperanzas de que la conversacion tomase semejante sesgo, que desde luego se entregó á una verdadera alegría. El éxito favorable del pleito, pronosticado por Antonio, solo le parecia una eventualidad mas ó menos probable, y su placer fué grandísimo cuando Arturo espuso á su aprobacion condiciones que desvanecian su temor para el porvenir.

Apresuróse por lo tanto á aceptarlas, temiendo que Arturo se arrepintiese, y habiendo manifestado este que llevaba á prevención la obligacion escrita, la firmó sin vacilar, y recibió en el acto el importe del primer plazo. Al ver Mad. Poirson tantos escudos reunidos, imaginó que soñaba.

Cuando ya se levantaba Arturo para retirarse entró Luisa: su madrina le refirió la buena fortuna que acababa de sorprenderla, y la presentó á Boissard, quien quedó prendado de la hermosura de la joven.

Aquella misma tarde fué Larry á ver á Mad. Poirson, y la encontró muy reanimada: después de los preliminares de una conversacion poco interesante, le dijo la enferma:

—¿Habeis comenzado ya los procedimientos contra los Boissard?

—Era preciso, señora, contestó Larry.

—Creo que no pasaremos adelante, porque M. Arturo ha venido á visitarme: á propósito, es un joven muy fino y de mucho talento.

—¿Ha estado aquí?

—Ciertamente, y al punto nos hemos entendido.

—De modo que os ha hecho proposiciones...

—Decid mas bien que ha aceptado las mias: todo ha quedado concluido en un cuarto de hora. No hay cosa como el que uno maneje sus propios negocios.

—¿Cuáles son las condiciones, señora?

—Ochocientos francos de renta vitalicia.

—¿Y nada para vuestra ahijada después de vuestro fallecimiento?

—Se me figurá que todavía no he muerto: si hubiera pedido mucho, nada hubiera logrado, como os ha sucedido á vos: es preciso saber manejar á la gente, y sin que esto sea echaros nada en cara, me parece que el otro día os mostrásteis demasiado vivo con los Boissard.

—¿Yo!

—Vamos; el joven me lo ha dicho, y... ya veis; á los ricos no se les puede hablar como á los demás. M. Arturo estaba mortificado porque os permitisteis decir algo acerca de su persona; sin eso, se hubiera arreglado con vos al momento. En fin, como no tenia quejas contra mí, hemos dado término al asunto.

—Me complace el que lo hayais conseguido tan fácilmente, y siento que desde un principio no hubiésteis reclamado directamente vuestro derecho.

—Esó me hubiera evitado algunas inquietudes estos tres días; pero de todos modos, os habeis incomodado por mí y es lo agradezco mucho.

Larry nada contestó, porque la habia herido cruelmente la orgullosa ingratitud de la anciana, y se indignaba al considerar lo mal que se pagaba su generosa adhesión. No reflexionaba que el *ex viciis* es la suprema ley de la multitud.

Mad. Poirson, por su parte, estaba persuadida de que el servicio de Antonio se reducía definitivamente á la buena intencion que habia tenido de favorecerla; creia deberlo todo á sus propias fuerzas; de modo que la confianza que hasta entonces habia tenido en la capacidad del joven abogado, se disminuyó mucho, y en vez de manifestarle mayor estimación, empezó á tratarle con una especie de despego.

Por una razon análoga, como Arturo Boissard habia sido el instrumento mas visible de su dicha, le cobró grande afecto. Muchas veces aconsejó tambien á Antonio que se reconciliase con él, y habiéndole declarado el joven que era una cosa

imposible, se entretuvo en hacer una pintura de los peligros á que nos esponen en el mundo el rencor y la obstinacion.

El enojo que ocasionó á Larry tanta ceguera no fué bastante á hacerle desistir de sus visitas á casa de Madama Poirson, porque á ella le llamaba el cariño que profesaba á Luisa: la gratitud de esta, sin embargo, no le indemnizaba de la mala disposicion con que le veia la enferma, pues, á ejemplo de su madrina, habia olvidado ya sus beneficios, aunque este olvido solo era el resultado de su ignorancia. No habia comprendido la grandeza de alma de Antonio, porque no conocia la sociedad; ni adivinaba su dolor al verse tan mal recompensado, porque no sabia leer los secretos del alma.

La ruptura de Larry con la familia Boissard traspasó en el público: supose que el primero habia intentado pleitear contra la primera en obsequio de una muger desconocida, y sin averiguar los motivos de semejante conducta, todos le acusaron de ingrato para con sus bienhechores.

El nombre del abogado Pilet, mezclado en el asunto, hizo sospechar al punto que se habia querido llevar á cabo alguna especulacion poco honrosa; por otra parte, no se mordió la lengua Madama Boissard, y llena de resentimiento, se esplicó de modo que añadió nuevos quilates á la indignacion general.

El único medio que tenia Larry de hacer frente á aquella tempestad era oponer el testimonio de sus amigos, bien instruidos de los hechos, al de los que le acusaban; pero habia perdido ya la confianza en sí mismo, que se despertó un instante en su corazon, y se entregaba de nuevo á su natural inquietud é invencible perplejidad.

Dejó pues que la maledicencia se cebase en su reputacion, y los hombres mas moderados, al ver que abandonaba su propia defensa, dedujeron que efectivamente habia cometido alguna falta, de esas que el mundo castiga con el desprecio.

#### VIII.

Muchos meses trascurrieron sin que sufriese cambio alguno notable la situacion de Antonio: lo único que en él se notó fué que volvió á sepultarse en aquella oscuridad de la cual habia salido por un momento.

Ninguna de sus esperanzas llegó á realizarse; pues aunque le encargaron algunos asuntos, no llegaron estos á sacarle de su mediania. Su amor tambien habia experimentado no pocas oscilaciones, ya favorables, ya adversas, y fué por último causa de nuevos disgustos. La viuda Larry no tardó en saber que su hijo frecuentaba la sociedad de Madama Poirson, atraído por la hermosura de Luisa, á la que habia elegido para compañera de su suerte, y este descubrimiento le causó una cólera indecible. Al punto se quejó de la ingratitud de Antonio, dejó de ver á Luisa, y no tardó en saberse en la vecindad que Madama Poirson y su hija habian tendido lazos á su hijo para comprometerle á una union ridícula.

Estas recriminaciones llegaron á los oídos de las partes interesadas, produjeron diálogos tempestuosos, en los que Larry tuvo mucho que sufrir, y cuyo resultado fué diametralmente opuesto al que su madre se proponia, pues empujado por las circunstancias, pidió positivamente la mano de Luisa y se declaró su prometido.

La viuda Larry puso el grito en el cielo y se negó á ver á su futura nuera; pero nada logró contra la resolucion de Antonio, quien advirtió á su madre, que podia hacerle sufrir, pero no cambiar su pensamiento. La anciana gastó su rabia en imprecaciones; mas viendo por último que el matrimonio no se celebraba tan pronto como habia imaginado, esperó.

En efecto, por muy ardiente que fuese el amor de Antonio, no se asemejaba á esa locura ciega y egoísta que nos hace sacrificar la prudencia á la satisfaccion de un goce brutal. Aquel amor era paciente, como todo lo que es fuerte, y calculado como todo lo que es bueno. Quería convertirlo en felicidad para Luisa, y no en un manantial de llanto y de miseria.

La joven, por su parte, tambien esperaba con tranquilidad: habia aceptado el amor de Larry sin repugnancia, pero tambien sin fan, de modo que nada hacia presentir que aquel matrimonio se verificase próximamente.

Las dificultades se multiplicaron, pues la enfermedad de Mad. Poirson habia hecho terribles progresos, y su renta no bastaba á sufragar los gastos consiguientes á un mal tan largo y tan inveterado. Luisa trabaja cuanto podia sin dejar un instante sola á su madrina; pero los recursos se disminuian, y empezaban á faltar las fuerzas á aquella pobre joven, pálida y enflaquecida por las vigias. Todo cuanto poseia Antonio habia pasado á las manos de Luisa; pero aquello era muy poco, y las necesidades de la enferma renacian sin cesar. Su último refugio eran los libros, sus compañeros de soledad, el único consuelo en sus amarguras... No vaciló; vendiólos al punto, y al entrar en casa de Mad. Poirson con el escaso producto de aquel sacrificio, no pudo menos de sorprenderse al oír un sonido argentino. Luisa estaba en la habitacion ocupada en examinar sobre la mesa un monton de escudos.

Detúvose el joven estupefacto, y por un movimiento instintivo cerró con fuerza la mano que contenia el importe de sus libros: la joven se sonrió al verle, y le dijo:

—¿Qué! ¿No entráis? Sabed que somos ricos.

—¿Cómo habeis podido procurarnos ese dinero? le preguntó Larry.

—Pertenece á mi madrina, pues es un plazo de la pension, que Mad. Boissard ha tenido á bien adelantarme.

—¿Le habeis pedido ese favor?

Luisa bajó los ojos y dijo:

—Era preciso, pues carecia absolutamente de medios para atender al cuidado de mi madrina, y nada queria decir por no entristeceros inútilmente. Ayer escribí á Mad. Boissard, y esta mañana ha venido á traerme doscientos francos.

Larry examinó maquinalmente aquella suma, y al pensar que era infinitamente mas pequeña la que su mano encerraba, sintió un dolor agudo. Conoció que habia hecho un sacrificio inútil, y que su ofrenda apareceria ridícula en aquel momento. Incluyó la frente silencioso, y fué á sentarse al lado de la ventana.

Luisa, que no podia adivinar su angustia, solo atribuyó su tristeza á un resentimiento pueril contra la familia Boissard. Parecióle muy pequeño y miserable aquel rencor, que impedía al joven participar de su alegría, y ofendida de su silencio, le dijo con viveza:

—¿Creeis que he hecho mal en emplear el único medio que nos quedaba para hacer frente á una situacion intolerable? ¿A quien podia dirigirme?

—Teneis razon, respondió Antonio tristemente; otra persona solo os hubiera proporcionado recursos insuficientes y momentáneos, al paso que ahora podeis estar tranquila. Escusad mucho acostumbrarse á no poder servir á los que amamos.

El tono con que Larry pronunció estas palabras conmovió á la joven.

—Os afligís sin motivo, Antonio, repuso afectuosamente. ¿No habeis hecho por nosotras cuanto habeis podido? Además, este dinero no es mas que un adelanto, pues con tal condicion lo he admitido, y os aseguro que he llorado mucho antes de decidirme á solicitarlo. Por otra parte, me felicito mucho haberlo hecho, porque Mad. Boissard se ha manifestado muy amable y compasiva. ¡Si viérais cuántos ofrecimientos ha hecho á mi madrina! Tambien la ha pedido permiso para volver, á fin de enterarse de su salud y saber si le falta algo.

Larry no contestó: no podia menos de reconocer que la conducta de la familia Boissard era en aquella ocasion digna de elogio, y que Arturo se habia mostrado generoso: á pesar de todo, su corazon padecia horriblemente. Aborrecia á Arturo por sus mismas bondades, porque un secreto presentimiento le advertia que aquel hombre era su enemigo natural, y que todas sus acciones, malas ó buenas, llegarían á serle igualmente funestas.

Procuró alejar de sí estas prevenciones hostiles, de las cuales se avergonzaba, y la primera vez que encontró á Boissard en casa de Mad. Poirson, experimentó una especie de estremecimiento repulsivo.

Disimuló, no obstante, su impresion para no manifestar sus verdaderos sentimientos. Habláronse los dos jóvenes sin afectacion, pero con frialdad, como hombres que quieren mostrarse atentos y continuar siendo enemigos.

Luisa, que tenia poca esperiencia de los misterios del alma, se figuró que aquellas apariencias exteriores significaban una reconciliacion verdadera, sin conocer que precisamente se habia hecho esta imposible desde entonces: en efecto, ambos jóvenes, como de comun acuerdo, habian evitado esplicaciones; ambos habian encerrado en sus almas un rencor, que debia fermentar en ellas, y aumentarse de dia en dia.

Las visitas de Arturo se repetian y siempre iban acompañadas de algunos regalos para la enferma; obsequios de poca importancia, pero á los cuales daba la oportunidad un precio inestimable. Su instinto de muger advirtió á Luisa que debia ocultar á Antonio aquellos dones: tambien procuró no hablarle de las atenciones con que la distinguia el joven Boissard, y tuvo cuidado de indicar á este indirectamente las horas en que Antonio iba á su casa, á fin de que no se encontrasen los dos en ella.

De este modo se estableció entre Luisa y Arturo una especie de táctica intimidada, uno de esos pactos reciprocos, lazos invisibles, de los cuales no desconiamos al principio y que al fin sujetan nuestras voluntades. La hora de Luisa habia llegado, pues veia al hombre joven, rico y feliz, que debia agradarla. El amor severo de Antonio la entristecia, al paso que la ternura de Arturo colmaba su alma de las mas agradables quimeras. No se habia detenido ciertamente á averiguar el nombre del sentimiento que la obligaba á apeteer la presencia de Boissard; amábase, porque era jovial, porque descendia hasta ella, porque sabia distraerla de su fastidio y de sus disgustos domésticos. Con él al menos no arrastraba el luto de la vida, y á veces olvidaba tambien la prudencia.

Luisa pues se dejó arrastrar por sus sentimientos hacia el abismo que debia tragarla, y el mismo Boissard desconoció por algun tiempo el sesgo que tomaban sus relaciones con la joven. Difícil seria resolver el problema de si la asiduidad de Arturo encerraba algun pensamiento culpable: aunque no habia concebido planes de seduccion, tal vez abrigaba su pecho alguna vaga esperanza. Lo cierto era que su intimidad con Luisa se estrechaba de dia en dia, sin que él mismo se percibiese de ello. Fué necesario que la ausencia forzosa de unos cuantos días le entrase del imperio que la costumbre ejercia sobre Luisa y sobre él mismo. El dolor de la joven y su propia tristeza le hicieron conocer la naturaleza de los lazos que entre los dos se habian formado. Turbóle este descubrimiento, pues aunque su educacion de colegio y su intimidad con otros jóvenes, en quienes el libertinaje era habitual, le habian inspirado principios poco severos, era al menos honrado y le repugnaba una seduccion. Amaba tambien demasiado á Luisa para sacrificarla á un capricho voluptuoso, y si alguna tentacion culpable cruzó por su mente, no encontró en su pecho simpatías, y la desechó sin vacilar un momento.

Tampoco podia legitimar aquellas relaciones, y solo le quedaba el recurso de desatar insensiblemente el nudo que habia formado, mostrándose mas frio con la joven y disminuyendo sus visitas. Este proyecto presentaba asimismo dificultades de ejecucion, que Boissard no habia previsto. Al notar Luisa que la veia con menos frecuencia, se inquietó; y su amor, hasta entonces oculto en su pecho, empezó á alarmarse. La ausencia de Arturo la hizo conocer hasta qué punto era necesario á su corazon; dióle quejas, á las cuales contestó él con frialdad, y entonces llegaron las lágrimas.

Boissard ignoraba los peligros que encierra el papel de consolador, y le fué preciso ceder algo para no perderlo todo: pero semejante al poseedor que teme la expropiacion, Luisa tuvo especial cuidado de admitir todas las concesiones como otros tantos derechos imprescriptibles. Lo peor del caso era, que aquellos debates los impelían á esplicaciones peligrosas, de las cuales resultaba siempre el mútuo convencimiento de su propia debilidad.

Arturo habia despertado al leon, pues combatido en su sosiego, la pasion de su pecho, disimulada hasta entonces, se animó súbitamente, manifestándose en toda su violencia. Las relaciones de los dos jóvenes, que hasta allí no habian traspasado los límites de una apacible familiaridad, tomaron un carácter turbulento y se inflamaron con un ardor fatal. ¡Triste naufragio de la vida! Solo es dulce el amor que se ignora, así como solo es feliz la criatura que no se conoce á sí misma.

Un grave acontecimiento cambió de pronto la situacion de Luisa.

Arturo tuvo que hacer un viaje, y la habia dejado sumida

en profunda tristeza, cuando la enfermedad de Madama Poirson, cuyos progresos fueron lentos, aunque incansantes, adquirió un carácter mortal. Las preocupaciones de su naciente amor habían absorbido de tal punto los pensamientos de Luisa, que experimentó tanta sorpresa como abatimiento cuando supo que su madrina estaba próxima a morir. Aquella anciana, que dentro de algunas horas solo sería un cadáver, era el último eslabon que ligaba la infancia de Luisa con su situación presente: el esquiñe sobre el cual había bogado hasta entonces por el proceloso mar de la vida, iba a desaparecer para siempre; y ¿qué le quedaba ya en el mundo? Un frágil amor que podía mas bien perderla que salvarla.

La ausencia de Arturo había preparado también a la joven a las impresiones dolorosas: su corazón estaba tan lleno, que necesitaba muy poco para desbordarse, y el contemplar a su madrina moribunda le causó una desesperación, que en otras circunstancias hubiera sido menos violenta. Su corazón necesitaba despedir todas las lágrimas que le oprimían, y apareció semejante a un dique, que se abre por la impetuosa fuerza del torrente largo tiempo contenido. A este exceso de aflicción sucedieron repetidos desmayos y una especie de convulsiones nerviosas, que asustaron á Antonio.

Randel dijo á este que era preciso alejar á la joven de un espectáculo que exaltaba su desesperación, y no cabía elección posible respecto al asilo que podía ofrecérsele. Larry pensó al punto conducir la a casa de su madre, persuadido de que, cualesquiera que fuesen las prevenciones de esta contra Luisa, no le negaría aquel consuelo en tan críticos momentos. Lo único que temía era una negativa formal por parte de la joven; pero acababa de caer en un abatimiento profundo, después de un terrible ataque convulsivo, y con gran sorpresa del joven, no opuso la menor resistencia á sus deseos, apenas comprendió lo que la decían, y se dejó llevar maquinalmente.

(Continuará.)

**LAS CHUFERIAS DE MADRID.**

El escritor de costumbres se parece á muchas cosas y personas. A manera de agente de negocios, sale de una parte y se mete en otra, recojiendo siempre datos y observaciones: ahora se halla en un magnífico salon ó en un espléndido banquete, y dentro de poco aparece en una bohordilla ó en una tienda de comestibles: acaba de oír un brillante discurso en el parlamento, ó un sermón edificante en la Capilla Real, y á seguida va á presenciar un animado diálogo, salpicado de interjecciones castellanas entre dos verduleras de la plaza del Rastro ó dos inquilinos de la casa de Tócame Roque. Semejante á la mariposa, pica en todos sitios y acumula materiales para elaborar sus concepciones, y de los objetos mas desagradables ó desconocidos forma un conjunto que debe satisfacer al buen gusto de los lectores. Cual erudito anticuario ó paleógrafo que hojea y revuelve códices empolvados, que se esfuerza en descifrar inscripciones y emblemas, que interroga á las piedras y á los metales, procurando sondear los pensamientos y los hechos de las edades pasadas; así el escritor de costumbres reflexiona y juzga acerca de cuanto le ofrece la sociedad en que vive, todo lo aprovecha, de todo saca partido y lo aplica mas ó menos oportunamente. Nada desprecia; y en esto se diferencia de la niña tierna de quince abrilés, y del señorito mimado; haciendo como el traperero que amontona todo en su cesto, ó como el viajero que reúne objetos inconexos en su saco de noche, por lo que pueda suceder. Lo mismo que el escritor dramático, y aun mas todavía, el de costumbres es el reflejo de la sociedad de su tiempo, con tanta mas razón y exactitud, cuanto que él no adula ni disfraza los caracteres, los vicios y las ridiculeces de sus semejantes. Así es que sabemos perfectamente lo que era Roma leyendo á Persio y á Juvenal; sabemos lo que era España cuando escribía Quevedo; sabemos lo que era Madrid por los artículos de Fíguro, como también lo que era París por las escenas de Balzac.

Estando pues todo cuanto existe en la sociedad en el dominio y bajo la inspección del que bien ó mal describa cuadros de costumbres, ventaja incalculable para muchos maridos que ni siquiera mandan en su casa, se me ha ocurrido ocuparme un poco en hablar de las chuferías de la corte; asunto que aun cuando no promete gran cosa, queda bastante justificada su precedencia con lo que acabo de manifestar. Además de que yo no soy un ministro que me vea precisado á contestar á las preguntas y objeciones de mis adversarios.

Una chufería es un establecimiento en algo parecido á las aves de paso; está abierto por el verano, y cerrado, ó cuando no así, olvidado y sin despacho durante el invierno. Mientras la primera estación, es muy frecuentado, cual joven hermosa rodeada de adoradores; mientras la segunda, se queda triste y abandonado, cual vieja arrugada y seca que no encuentra novio. Si la chufería no hace buen negocio en las noches de calor, está perdida; ó si las muchachas no pillan en cuanto están verdes, después con dificultad tienen salida; no todos son amigos de jamon, y menos de pasas reseca y revenidas: solo promediando dinero puede variar el aspecto de la cuestion.

Las chuferías hacen lo mismo que las chinches, las moscas, los mosquitos y otros varios insectos, esto es, que aparecen por el verano: se exceptúan de esta regla cierta clase de chinches que pican y chupan todo el año, y son, entre muchas que pudieran citarse, las posaderas de Madrid que piden siempre adelantado, y además siempre están pidiendo dinero durante los intermedios de los quince días; los que piden prestado, y los acreedores que se dirigen á sus deudores reclamando extrajudicialmente sus créditos; los pretendientes que molestan á todo el mundo; las queridas, que nunca están contentas por mas que se les dé y regale; y los habladores importunos y fastidiosos, y los fátuos de todas categorías y condiciones.

Los establecimientos de que voy hablando ofrecen hoy dia una perspectiva decente, como otros muchos de la corte, que cada dia cambian de fisonomía considerablemente y á ojos vistas. Todos están en cuarto bajo, para aparecer mas á las miradas de los que pasan, y para arredrar á los Perezosos, porque hay hombres que no tomarán ningun refresco por ahorrarse el trabajo de subir escaleras. En cuanto á componerse de noche y á presentarse con todo el posible atractivo, las chuferías imitan la conducta de ciertas doncellas por antifra-

sis, que solo después del oscurecer salen muy compuestas á verificar sus rondas é incursiones por las calles de la capital.

No menos que en casi todas las casas de aquella, las chuferías tienen empapeladas las habitaciones: hoy en dia el papel pintado está muy barato; esto guarda conformidad con el espíritu del siglo; todo pintura; por todas partes pintura; hasta por las paredes, que es como si dijéramos, hasta por los codos. Generalmente en cada una hay un organillo ó un reloj de música de mas ó menos mérito y valor. No es sin embargo una circunstancia indispensable: sucede como en las elecciones de diputados á Cortes, generalmente el gobierno presenta un candidato por cada distrito electoral.

Puede no ser así, porque esto no está sujeto á regla fija. Entre las varias cosas que me hacen dormir, una es la música de estos organillos; casi produce en mí el efecto del ópio. Hay sin embargo otra cosa que bajo el concepto soporífero no rinde párias al mismo ópio ni aun al cloroformo; y es la elocuencia de algunos oradores. Para efectuar una operación quirúrgica, para dejar á cualquiera sin sentido ni sensibilidad, no hay sino tomar ópio, cloroformo ó oír un discurso largo de ciertas notabilidades. Quien no se duerma con semejante oratoria carece precisamente de buen gusto.

Las chuferías están servidas por chicas valencianas muy limpias y aseadas, y entre las que hay muchas guapas, siempre escotadas y brazo al aire. Concluido el verano, suelen tomar otro oficio ó entrar en otra profesion, á lo menos algunas de ellas. Los dueños del establecimiento siguen un rumbo parecido. En el invierno venden estereras y felpudos; en la primavera naranjas y limones; en el otoño, granadas, melones y otras frutas: estos industriosos emprendedores tienen no poco adelantado para ser hombres políticos: en un mismo año serian capaces de pertenecer á tres ó cuatro partidos ó fracciones rivales, dando al efecto razones satisfactorias.

Una chufería viene á ser un retrete sui generis, que bajo el aspecto de reunion y de recreo forma un escalon en el órden descendente: primero los ateneos, liceos, circos etc., adonde concurre un determinado número de personas de clases mas ó menos elevadas, luego los cafés, ya mas generales y democráticos, en que todos se igualan y confunden: vienen por último los figones, tabernas, etc., de suerte que la chufería puede colocarse después de los cafés y antes de los figones. Son unos círculos de la democracia pacífica: no son de bulla y algazara como los almacenes de vinos, botillerías y fondas de menor cuantía que ostentan en el dintel de la puerta el consabido rótulo *aquí se guisa de comer*; pues en estos sitios hay un elemento continuo de disputas y discordias, el licor de Baco; en tanto que en las chuferías no hay sino la horchata veraniega, refrigerante y saludable, por mas que muchos individuos que á ellas concurren sean dispuestos para cualquiera polémica; ora un soldado que entra con su *maja*; ora una criadilla, no de tierra sino de carne, esto es, de servicio, está refocilándose con un *chico* de horchata, ragado con la *sisa* de la compra matinal: ya media docena de *horteras* se instala en una mesa contándose recíprocamente las mentiras con que despachan los géneros; ya dos oficiales de sastré que han estado trabajando todo el dia, van á humedecer su garganta, no dejando aun allí de manejar la tijera y cortar vestidos á cuantos están á su alrededor; ya una *modista* poco modesta sale acompañada de un *tirador* de oro: todos sin embargo hablan y obran con moderacion, sometiéndose al espíritu que reina en tales recintos.

Las chuferías, como todos los establecimientos de la corte en los que se come ó bebe, han mejorado mucho segun he anunciado antes: ha surgido la competencia entre los dueños, y el público ve con gusto esa emulacion y esos rasgos de amor propio. Notable y sorprendente es la diferencia que se advierte, por ejemplo, en las fondas y en los cafés, comparando lo que son ahora con lo que eran hace pocos años: véanse si no los artículos de Larra y las escenas matritenses del Curioso parlante. Tenemos ya una fonda de lujo cual nunca ha existido en esta coronada villa, la de Mr. Lardy: el café del Iris, el Suizo y la nueva Iberia, cual tampoco hubo alguno anteriormente. Esto no es decir que no haya todavía fondas en que se pide un *pouré*, un *beefsteak*, un *pudding*, ó cualquier otro plato, de los comprendidos en el catálogo, y al instante contestan: *no hay: ya se acabó por hoy*; de manera que á veces nunca está preparado lo que se quiere. Los mozos contestan sobre la marcha; recuerdan en algun modo á los porteros de las oficinas, que dicen: «Su Excelencia está en junta. Su Señoría va á entrar en junta; no se le puede pasar recado.» Tampoco sea esto contradecir lo que pasa en algunas fondas, en que las servilletas y los manteles están mas negros que alma condenada ó que cara de carbonero, y que despiden cierto olor graseoso y nauseabundo, que en vez de limpiar, sirven para ensuciar mas al que está manducando; y en fin, en las que la vajilla y todo el conjunto remedan una escena y una decoracion de casa pobre, á pesar de que los directores y los sirvientes no sean pobres en cobrarse.

Hay chuferías en que no se da sino la horchata de chufas, las cuales, como es sabido, son una especie de legumbre de figura irregular, un tanto parecida al guisante, ó mejor á las habas, de color amarillento cuando está verde, y de color pardusco claro cuando está seca, cuyo sabor participa algo de la almendra y del coco americano, sobre todo en el segundo estado. Hace una bebida semejante en el aspecto á la leche helada. De suerte que la chufa tiene mala cara y buenas obras, lo mismo que les sucede á algunas personas. Aquí no vale aquel proverbio italiano *in corpori bello anima bella*.

Hay otras chuferías que además de la horchata espresada despachan nata, leche, bollos, cerveza y limon; estos son establecimientos mistos, como quien dice, un funcionario público que desempeña varios destinos y percibe varios sueldos; lo que, si bien está justamente prohibido, no se observa bien sin embargo.

De poco tiempo á esta parte se van aumentando considerablemente las chuferías de Madrid; á cada paso se ve una; si vamos así, no veremos mas que chuferías, soldados y generales por donde quiera que se ande; en las plazas, en las calles, al volver las esquinas, en los callejones, en los barrios y en las averas.

Atrás he mentado el nombre de taberna, al hablar de la categoría en que debían colocarse las chuferías. Debo advertir que en la corte no se llaman tabernas los sitios en que se vende vino al pormenor; aquí tienen el nombre y el rótulo de

*Despacho de vinos*: en lo cual se comprenden, no solo los vinos, sino además varios artículos de comer, porque los que trafican en este ramo comprenden que habiendo algun gazpacho bien salado ó picante, cuela mejor y con mas abundancia el líquido regocijador. En los almacenes de vinos es en donde no se despacha mas que este artículo, que está puesto en los pellejos y en las cántaras.

Así es que la palabra *taberna* no tiene aplicacion en Madrid. Tampoco tiene la misma acepcion en varios idiomas. En inglés *tabern* equivale á algunos términos castellanos que esplican diferentes ideas: además *tabern*, segun la indole de la lengua, entra en composicion con otras voces; *London-tabern* etc. En latin tampoco puede traducirse literalmente, segun se deduce claramente de aquel verso de Horacio:

*pauperum tabernas, regumque turres.*

Pero quizás preguntará alguien: ¿á qué viene al caso este episodio último? Yo contestaré que verdaderamente no conduce á nada, y puede eliminarse sin novedad. Es como una espresion intempestiva que pronuncia un individuo de una corporacion que se estuvo durmiendo mientras discutian un negocio, y despertado para emitir su voto, sale con un adensio: de lo cual es un ejemplo el oidor que condenaba al reo á diez años de pena capital, y si reincidiese, á presidio perpetuo.

Por lo demás, un escritor de costumbres está autorizado para hacer lo que quiera en sus composiciones, lo mismo que si fuese un ministro sujeto á responsabilidad.

Es innegable que la horchata de chufas es un refrigerio provechoso y barato; circunstancias que difícilmente se reúnen especialmente en Madrid, porque todos tratan de engañar al público, empeñándose en aparentar lo contrario: paño muy barato no puede ser muy bueno: al revés acontece en materias de política; un gobierno puede ser bueno y tambien barato; así como ser caro y malo en la misma estension. Por siete cuartos se toma un vaso de medio cuartillo de horchata helada: siempre el número siete ha de aparecer en todo: son dos puntos mas que pudieran añadirse á la apreciacion cabalística que del número siete hizo el sábio Alfonso X de Castilla.

Voy á concluir: no creía al principio que me saliese un artículo sobre la presente materia, que poco puede dar de sí. Estoy convencido de que de todo puede sacarse algo, excepto del avaro, quien no soltará un cuarto aunque se muera él y sus amigos, si es que los tiene; del egoísta, de quien nada se consigue no ganando en el favor prestado; del necio é ignorante, de los que solo se esperan sandeces y coces; del presuntuoso que únicamente produce tonterías y extravagancias.

Madrid, enero 4 de 1853.

ANTOLIN ESPERON.

**VALAQUIA.**

UNA ESCENA DE GITANOS.

(Extracto de las memorias de un joven griego.)

Me encontraba en Valaquia, en casa de uno de mis amigos, negociante como yo, en uno de estos miserables pueblecillos compuestos de cabañas, del que el primero que llega puede ser el señor con tal que solamente posea un caballo bien enjaezado, vestidos extranjeros y un comercio de algunas piastras. En este país, sometido con antelación á quien se tome el trabajo de conquistarle, y que no tiene otra industria que la de sacar el mejor partido posible de su servidumbre, el baston es el solo lazo que existe entre el amo y el esclavo; el uno manda y hiere, el otro presenta la espalda y obedece. Por lo demás, las diferencias solo pertenecen á lo exterior: en el fondo la misma corrupcion, la misma ignorancia, igual degradacion: el rico no tiene la triste ventaja de un barniz de elegancia para disimular la suya: los mismos vicios habitan bajo el ropon de seda del señor, y bajo la túnica grosera del aldeano velaco.

Estranjeros la mayor parte, judíos, griegos, servos ó búlgaros, son los que esplotan el comercio de la Valaquia. Con este objeto habia yo venido á vivir con mi amigo, descendiente de una de las familias francas mas estimadas de Constantinopla. Pero á la cabeza de una casa considerable se veia obligado á hacer frecuentes ausencias, y traía desde largos años esta vida dura, activa y peligrosa del negociante en el Oriente. Me dejó pues solo en su aldea. Joven sin experiencia, en medio de una poblacion cuyo lenguaje apenas conocia, y menos aun sus costumbres, yo pasaba mi tiempo como la mayor parte de los valacos ricos, en fumar, beber, cazar, montar á caballo y aburrirme: no tenia mas pasatiempo que el de apalear los lugareños.

Una tarde, en el momento en que mis valacos volvian de sus trabajos, yo me hallaba en el patio ocupado en hacer cubrir con una empalizada las mercancías que debían pasar allí la noche, cuando un ruido súbito y desconocido llamó mi atención. Este rumor, al principio lejano, crecia y se aproximaba á cada instante; eran voces de hombres, cantos agudos y caprichosos, gritos de niños y de mugeres, mugidos de animales etc., todo á un mismo tiempo. Yo no sabia explicar lo que tenia de espantable por la noche en medio de las inmensas llanuras de la Valaquia esta discordante armonía, que el viento traía hasta nosotros. Si me hubiese encontrado en el desierto, habria creído escuchar una horda de beduinos, ó una caravana con sus camellos. No me hubiera engañado mucho, porque los desiertos de la Valaquia tienen tambien sus caravanas, y sobre todo sus beduinos.—¿Qué es esto pues, santa madre de Dios? preguntaba yo al primer criado de mi amigo, mozo vigoroso, el que á pesar suyo se habia hecho habitante del mostrador: ¿qué es esto pues, Bivalaki?—Una octava plaga de Egipto aun, señor.—¿Cómo ¿son langostas?—No señor, peor que eso; son gitanos.—¿Gitanos! exclamé yo; y palidecí á la idea de que las mercancías de mi amigo se hallaban espuestas al aire libre. Las largas lanzas de una tropa de árabes no me habrían producido mas temor que la idea de que estos largos dedos retorcidos de los gitanos huroneasen



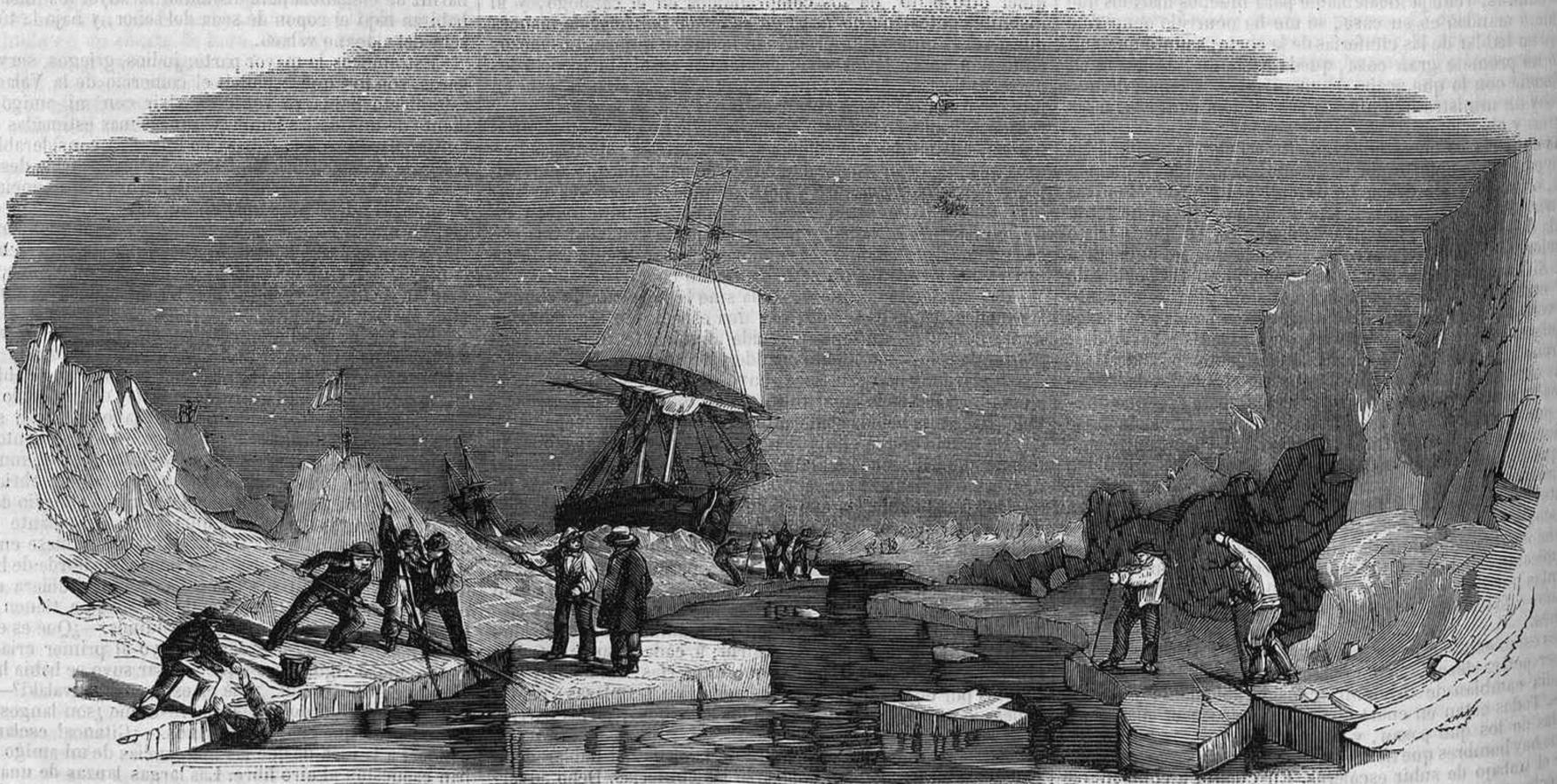
Puerta del Triunfo en Munich.

mis fardos.—¿Y quieren pasar ellos la noche aquí? Es preciso enviarlos mas lejos: es necesario que partan á todo precio.—Dejad, señor; nosotros haremos buena guardia esta noche, y nuestros ladrones se arrojarán sobre las gallinas del lugar: desgracia para aquellas que esten fuera de su casa.—Pero nosotros no podemos sufrir que bandidos vengan á robar así el pueblo: es preciso reunir algunos hombres, y forzarles á tomar posada mas lejos.—Creedme, señor, no forméis altercado con aquellas gentes; es lo mas sábio: los gitanos son como los espinos; siempre hacen mal á los que los tocan.

Este partido era el mas sensato, pero yo no lo escuché: hice señal de seguirme al bravo Bivalaki, que por haberme

aconsejado la prudencia no estaba menos presto á defenderme de las consecuencias de una tontería, y poniéndome en camino con él llegué pronto al campo de los gitanos, á doscientos pasos del pueblo. Malas tiendas de piel de cabra componian todo el establecimiento, y la puerta estaba colocada del lado opuesto á aquel. Llegué pues sin ser apercebido. Apliqué el ojo á una de las numerosas rasgaduras de una de las tiendas, y vi... Jamás el ojo de un cristiano ha sido regalado con un espectáculo semejante: alrededor de un vasto fuego, encendido delante de la puerta, yo ví hacinadas en confusion algunas criaturas humanas, cuya forma yo no podía distinguir, en medio de numerosos cuadrúpedos que se

confundian con ellas: la sola señal de superioridad que los bípedos humanos habrian podido abrogarse era la de colocarse mas cerca del fuego, para vigilar sin duda mas fácilmente la importante tarea de la cena, que se preparaba en una inmensa caldera. Muchachos desnudos, suspensos del seno de sus madres, desnudas y morenas como ellos, formaban, unido á lo de más, un feo grupo de miseria y desaseo. He dicho sus madres, y me he engañado, porque siendo todo comun en la república, mugeres como hijos, no hay madres como no hay esposas. La nodriza da su leche al muchacho que se halla á su lado, el cual, después de todo, puede ser su hijo, mas ella no sabe nada. Las diferencias de razas, las relaciones de fa-



Expedicion en busca de Franklin.

mil  
este  
el h  
que  
los  
un  
des  
des  
bu,  
tes  
gen  
fusa  
vid  
des  
ren  
pre  
un  
que  
go  
mas  
con  
en  
del  
del  
nes  
súp  
dos  
bas  
per  
tar  
refr  
par  
ven  
la  
sob  
mis  
tact  
diga  
con  
tan  
mie  
las  
ton  
ble  
ha,  
por  
este  
tien  
cien  
de l  
gil  
no p  
de  
to la  
sali  
nud  
rep  
civi  
pint  
con  
gro  
dien  
ases  
las  
pue  
pala  
gan  
dar  
ella  
aqu  
vát  
des  
mu  
ame  
últi  
cria  
y st  
una  
seja  
la fu  
do,  
sejo  
tes,  
pas  
rera  
tier  
den  
á pe  
fui  
pue  
dida  
cho  
cer  
dan  
po,  
esto  
para  
deja  
to,  
por  
pla  
hor  
vest  
cint  
net  
gita  
E  
sein  
pess  
ro y  
lev

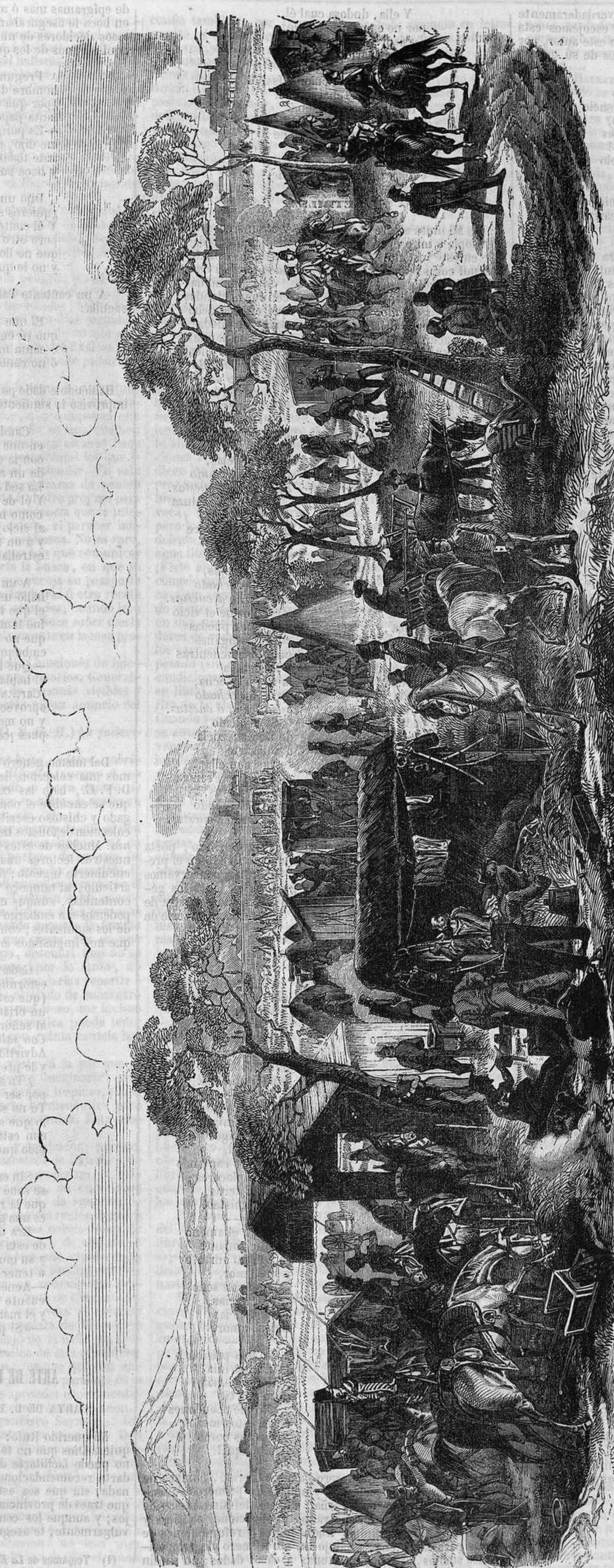
milia en esta horrible anarquía, en este caos de la naturaleza, en donde el hombre no tiene otra superioridad que la de la fuerza, otros lazos que los del azar, otras inclinaciones que el brutal deseo, son absolutamente desconocidos.

Pero mi espionaje fué bien pronto descubierto por algun perro de la tribu, ó por los oídos no menos vigilantes de algun gitano. Un movimiento general se verificó en esta masa congenera; todo se agitó y pareció tomar vida como en un hormiguero que se desbarata: dos ó tres hombres salieron bruscamente de la tienda y me preguntaron en lengua valaca, con un tono asaz descarado, lo que yo quería. El ropaje extranjero que luego apercibieron los hizo sin embargo mas humildes, y cuando yo les hice conocer mi firme determinacion de enviarlos á hacer posada mas lejos del pueblo, el vocabulario tan servil del aldeano valaco no tenia espresiones bastante bajas para espresar sus súplicas. —Ellos estaban tan cansados, los pueblos estaban tan lejos, les bastaba tan poco, lo que se da á un perro, un poco de tierra para acostarse en ella, un poco de agua para refrescarse: no tendria yo corazon para arrojar así una pobre tribu que venia á comer á mi puerta el pan de la miseria, sin pedirme siquiera las sobras de mi comida. Lo confesaré, mis entrañas, endurecidas por el contacto con una poblacion siempre mendigando y siempre hambrienta, se conmovian poco con estas largas letanias: yo insistia con firmeza, y mientras mas yo elevaba mi voz, mas las de mis antagonistas bajaban de tono, sobre todo á vista del formidable baston que mi compañero mostraba, como para apoyar mis palabras, porque nada en Valaquia resiste á este argumento; el que pega siempre tiene la razon. En fin, en mi impaciencia yo arranqué de la tierra una de las cuerdas de la tienda, y el frágil edificio se bamboleó. Hice mal, y no pasó largo tiempo sin apercibirme de ello: la tribu pareció sublevarse toda entera; cuatro ó cinco mugeres salieron de la tienda totalmente desnudas, pero con una desnudez tan repugnante, que á nuestras lenguas civilizadas les faltan palabras para pintarla. Estas mugeres, cubiertas con sus largos y sucios cabellos negros, los ojos chispeantes, y estendiendo hácia mí sus corvos dedos, me asestaban en su idioma bárbaro todas las maldiciones que lengua de hombre puede inventar. En fin, cuando las palabras le faltaron, cuando sus gargantas enronquecidas no pudieron dar ya ningun sonido, cada una de ellas, cojiendo por el pié una de aquellas horribles criaturas que llevaban en sus brazos, las hicieron describir en el aire el círculo que un muchacho imprime á su honda, y amenazaron tirármelos.

Yo retrocedí, espantado de este último rasgo de elocuencia. Mi fiel criado estaba tan aterrado como yo, y su mirada, vuelta hácia atrás con una inquietud visible, parecia aconsejarme que buscara mi salvacion en la fuga. Pronto nos pusimos de acuerdo, y siguiendo un poco tarde el consejo que hubiera debido escuchar antes, me retiré aceleradamente con un paso que se asemejaba bastante á carrera, abandonando á su suerte las tiernas parejas que yo habia desordenado. No nos olvidemos decir que á pesar de la rapidez de mi retirada, fui perseguido hasta las puertas del pueblo por toda la tribu, comprendida en ella las mugeres, los muchachos, los caballos, los perros, los cerdos, y que sus ahullidos discordantes me persiguieron largo tiempo, después que se detuvieron en estos límites que no osaban atravesar.

Llegado á mi puerta, me volví para esperar á mi criado, que habia dejado detrás de mí. Llegó bien pronto, pero no venia solo: traia cojido por los cabellos (manera que reemplaza á las esposas en Valaquia) un hombre moreno, medio borracho, vestido con la larga túnica de hilo, cinturón de lana, espartillas y bonete de piel de carnero, comunes al gitano y al labriego valaco.

Este era el jefe de la tribu. La sola seña de su autoridad era un corto y pesado látigo armado de tiras de cuero y nudos de alambre de laton, que llevaba en su cintura, y que le servia



Campeamento de los prusianos delante de Rastatt.

para poner órden en su indisciplinada banda. Mi hombre lo habia encontrado delante de una casa del lugar, á la que venia á mendigar ó robar segun la ocasion. De bastante mal humor, como se está cuando se comete una falta, no me disgustó esta captura, y me prometí hacer pagar á sus espaldas mi malhadada aventura. Le hice entrar, y bien pronto una paliza ligeramente aplicada le dió á conocer mis caritativas intenciones, que demasiado habia presentado antes. Mi objeto reteniéndolo no habia sido satisfacer una mezquina venganza, sino el de imponer á sus compatriotas, conservándolo en rehenes y poniendo á su libertad el precio de la pronta partida. Desgraciadamente yo habia contado sin la huésped, y sobre todo sin los terribles ahullidos que se puso á exhalar desde el primer golpe, en lugar de la heróica paciencia que los valacos desplagan en semejantes ejecuciones. En un instante la infernal tribu se halló reunida bajo mis ventanas como una tropa de *djinnns* (genios). No faltaba nada, ni bípodos ni cuadrúpedos, y menos las negras hechiceras con su honda viviente que balanceaban en sus manos comprimiéndose alrededor de mis frágiles empalizadas que yo temia ver caer: ellas me amenazaban con arrojar sus hijos sobre el enlosado del patio, diciéndome que se los *pagaria*. Estas balistas de un nuevo género hubieran espantado á la guarnicion mas intrépida; por mi parte, poco tardé en capitular: su jefe era lo que ellas pedian y que pedian á todo precio; porque un rey de Asia no inspira mas respeto á sus pueblos que un jefe de gitanos á su tribu; sus palabras son leyes, su mirada es un favor, su látigo ocupa el lugar del cetro: es á un mismo tiempo pontífice, legislador y amo. Los artículos de la capitulacion fuéron bien pronto determinados; yo devolví á la tribu su venerado *feticch*, reservándome solamente el temible látigo como un trofeo de mi victoria: sellé su libertad con el regalo de algunas gallinas, y la tribu se retiró colmándome de bendiciones.

Después de una noche que los gitanos pasaron sin duda mas tranquilos que yo, en comer las gallinas de los cristianos y burlarse de ellos, la aurora del dia siguiente vió desaparecer la banda del mal agüero con gran satisfaccion de los habitantes, y sobre todo mia.

REBUSCO

DE POESIAS INÉDITAS.

Ó POCO CONOCIDAS.

En el número 38 de LA ILUSTRACION, correspondiente al 13 de setiembre del año pasado de 1852, insertamos, tomándolo de uno de los periódicos mas acreditados, un curioso artículo sobre composiciones inéditas de algunos poetas célebres. Nuestra estremada afición á este ramo encantador de la literatura, y nuestras relaciones de amistad y simpatía con todos ó casi todos los que desde principios del siglo han cultivado el lenguaje de las musas, nos ha hecho conservar ya en nuestra memoria, ya en nuestros mamotretos, un verdadero tesoro de esta clase de joyas injustamente negadas á la publicidad, por las circunstancias especiales de los tiempos, ó por las de los autores ó de ellas mismas. Creemos pues hacer un servicio á la memoria de aquellos y al buen gusto de nuestros lectores, escogiendo en el inmenso repertorio que nos ofrece nuestro archivo algunas de aquellas composiciones de diversos géneros y estilos, limitándonos por ahora á las de los autores finados, ya reconocidos como poetas en la república literaria, ó ya modestamente encubiertos y que solo aparecieron en la sociedad bajo otro carácter ó profesion, dilatando para otra ocasion y luego que solicitemos y obtengamos su permiso, las de los que aun viven entre nosotros, y son por su talento y producciones el encanto de nuestra sociedad y la gloria de nuestro Parnaso.

Ocupe por hoy el primer lugar un magnífico soneto del erudito y gran poeta D. Dionisio Solís, cuya modestia, igual á su genio, no le permitió hacer al público el eminente

obsequio de la coleccion numerosa, rica y verdaderamente admirable de sus liricas composiciones, y escojimos esta entre las diversas que pudiéramos ofrecer de este autor, por parecernos uno de los mas acabados modelos de su género que pueda ostentar nuestra literatura.

## AL SOL.

Puro y luciente sol, ¡oh qué consuelo al alma mia en tu presencia ofreces, cuando con rostro cándido esclareces la oscura sombra del nocturno velo!  
¡Oh cómo animas el marchito suelo con benéfica llama, y cómo creces inmenso y luminoso, que pareces llenar la tierra, el mar, el aire, el cielo!  
¡Oh sol! entra en la espléndida carrera que el dedo te señala omnipotente al asomar por las etéreas cumbres;  
Y tu increado autor piadoso quiera que desde Oriente á ocaso eternamente pueblos felices en tu curso alumbres.

Del celeberrimo poeta D. Juan Bautista Arriaza, que acertó á reunir en sus manos la lira de Tibulo y la penca de Juvenal, cuéntanse entre los aficionados infinidad de chistes, sátiras, descripciones y epigramas que ya por lo sobradamente libre del estilo, ya por su dudosa autenticidad, no apuntamos aquí, prefiriendo ofrecer como muestra de su entonacion poética otro excelente soneto que creemos fuera de los últimos versos que compuso, y en que parece que recobró por un momento aquella robustez del pensamiento y aquel encanto del estilo que le hicieron tan popular en su juventud. Hallábase, pues, nuestro venerable poeta en un banquete con sus amigos, que incitándole como es de costumbre á que brindase en verso, le obligaron á improvisar este soneto:

Ceden del tiempo á la voraz corriente recias pilastras y columnas duras, las cúpulas rindiendo, que seguras se sustentaban en su escelsa frente.  
Caduco desde el Líbano eminente baja el añoso cedro á las llanuras, ayer pomposo adorno en las alturas, hoy triste cebo en el hogar ardiente.  
Contra la destruccion tampoco abrigos halló mi musa, pues si busca ansiosa versos que ya la esquivan enemigos, solo á ofrecer se atreve presurosa verdad y no ilusion, á mis amigos, caricias, no cantares, á mi esposa.

Del último duque de Frias, no menos celebrado poeta que entendido diplomático y hombre de estado, recordamos tambien este otro bellissimo soneto, que no sabemos si fué publicado entonces, tambien improvisado con ocasion de haber concurrido S. M. la reina María Cristina vestida de maja á una corrida de toros en Aranjuez por los años de 30 ó 31.

Bella, gentil, alegre, placentera, porque el circo español su pompa guarde, del vestido andaluz haciendo alarde regocijas del Tajo la ribera.  
Entre el bullir de turba vocinglera animando al valiente y al cobarde, la luz hermosa de tus ojos arde y aun embravece á la acosada fiera.  
Hijas del Betis que en arenas de oro undoso baña á la imperial Sevilla, de gracias mil encantador tesoro,  
Vuestros donaires trasladando brilla con majestad y nacional decoro la incomparable reina de Castilla.

Para terminar con esta clase de composicion, hé aquí otro soneto, aunque en diverso estilo, fruto de la musa poco conocida de un célebre abogado del primer cuarto de siglo, llamado D. Tiburcio Hernandez, que compartía por entonces la fama del foro con los Argumosas, Recios y Cambroneros, cultivando al mismo tiempo en secreto y con muy buen éxito el campo de la amena literatura. Hé aquí el epigramático soneto á que aludimos, y nuestros lectores convendrán con nosotros en que no puede darse mayor exactitud, energía y viveza á una pintura, mayor robustez, gracia y lozanía al lenguaje.

Un fraile grave, cuyo grueso cuello á un toro padre de Gijon sirviera, terso de frente, calvo de mollera, cejas pobladas, áspero el cabello;  
Manaza ornada de cerdoso vello, barriga en prensa y sin embargo fiera, túnica muy plegada á delantera, cargado de sayal como un camello;  
De pausa en pausa modulando el eco para un desliz en todos bien frecuente recetaba á una jóven abstinencia.  
Y ella le dijo: «Padre, pues si peco porque me cuida bien, está patente lo justo que será su Reverencia.»

Otro caballero, tambien mas conocido en el mundo político que en la república literaria, aunque fecundísimo y discreto poeta, el señor D. Manuel Robleda, que falleció hace pocos años de intendente de Mallorca, dejó inéditos por lo menos hasta cuatro tomos de poesias, entre las cuales, particularmente del género festivo, hay muchas que no desdecirían al lado de las mejores de su contemporáneo, paisano y amigo, el salmantino Iglesias. Véanse como prueba las siguientes:

## EPIGRAMAS.

Preguntó un niño á su madre con ansia, pues lo ignoraba, á cuál de los que miraba podía llamarle padre;

Y ella, dudosa cual él, por no engañarle le dijo: Tu padre no lo sé, hijo, mas mi marido es aquel.

De cuando en cuando Isabel se marcha á Tabarabuena á tomar aires, y buena dicen que se pone en él. Qué enfermedad ella tiene nadie decirme sabrá; pero lo cierto es que va y á los nueve meses viene.

## LETRILLA.

Mi musa alegre sopla á mi oreja en este instante mil cosas buenas; y si te coje alguna de ellas, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si acertar quieres, Juan, y lo yerras, ó de otro modo que como piensas salen las cosas, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si eres casado con poca renta, tu muger buscas de cara buena y te ha enseñado á que no veas, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si en Zaragoza ciencias enseñas, ó de Pastrana gozas prebenda, ó te hacen cura de alguna aldea, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si has arrendado una encomienda que adelantada pagas la renta y una tronada te la apedrea, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si cortejares una soltera que á tus espaldas otro festaja,

Del desgraciado D. Francisco Sanchez Barbero, poeta apreciable español y latino, confinado en 1815 en el presidio de Melilla en castigo de sus ideas liberales, conservamos una coleccion completa de poesias inéditas en todos los géneros en que ejerció su fecunda lira; y como muestra de su estilo insertamos aquí la primera, que encabeza la serie de las compuestas en el presidio.

## A MI MUSA.

Del enemigo hado horroroso es el odioso golpe de mas. Porque conmigo por donde quiera fiel compañera mi musa, vas.

Tú, tú mi llanto plácida estañas, y en risa bañas el corazon.

Y mi quebranto tú desconciertas, tú me libertas de la prision.

¿Las torres focas al cielo alzadas? Desmoronadas las siento hundir. ¿Hieres las bocas de trueno y fuego? Se empiezan luego á derretir.

Los crujidores grillos tenaces facil deshaces entre mis pies; Y voladores van por los vientos mis pensamientos donde los ves.

D. José Maria de Carnerero, ameno literato, hombre de mundo y de amable sociedad, y uno de los primeros fundadores del periodismo en España, además del sin número de escritos consignados en sus varias publicaciones políticas y literarias, de sus infinitas traducciones y refundiciones de piezas para la escena, produjo un sin número de composiciones sueltas, breves y oportunas á casos dados; un sin fin

y alguna cosa el diablo enreda, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si á alguno fias con tus haciendas, que cuando debe pagar no pueda, y á tí que pagues te hacen por fuerza, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si vas en burro á Villanueva en el invierno ó cuando llueva y apear te hace por las orejas, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si á una andaluza jóven cortejas, que cuanto pobre astuta sea, y de sus artes llevar te dejas, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si porque el vicio mantener puedes robas ó engañas cuantos encuentras y la justicia la mano te echa, ya te has echado buen terno á cuestras.

Si confiado de una mozuela á solazarte te vas con ella y el mal de Francia al golpe llevas, ya te has echado buen terno á cuestras.

de epigramas mas ó menos libres, que repetidos luego de boca en boca le aseguraban en el concepto de uno de los mas chistosos decisores de nuestra sociedad madrileña! Apuntaremos aquí algunos de los que recordamos:

Pregunté á cierto censor, hombre de muy buena pasta, ¿por qué en sus escritos gasta tanta paja cierto autor? —Es porque cuando trabaja, me dijo, para la prensa, ante todas cosas piensa, y hace sus piensos con paja.

Dijo una moza á un soldado: ¿quieres subir á folgar? Y él contestó: bien quisiera, pero otro dia será, que no llevo mas que un cuarto... y no le quiero cambiar.

A un cantante llamado Justo Mas le dirigió la siguiente saetilla:

El que te silba es mas justo que tú cuanto cantas, Mas; ó canta mas justo, Justo, ó no cantes, Justo, mas.

Habiéndole dado por pié este verso «Estrellas y calabaza», improvisó la siguiente décima:

Caminaba un peregrino en una noche serena con la calabaza llena de un aventajado vino. La sed le salió al camino Y él de apagarla dió traza; como no tenia taza al cielo hizo puntería, y á un mismo tiempo veia estrellas y calabaza.

A un hablador estupendo halló un dia otro hablador; el que tomó la palabra fué tanto lo que charló, que no pudo hallar el otro emboque á su relacion. —Qué hablar! se dijo á sí mismo el hablador que no habló. ¡Car...amba! como él escupa aprovecho la ocasion y no mete mas el cuevo: pues ¡car...amba! no escupió.

Del mismo género festivo, libre y epigramático conservamos una coleccion de cuentos inéditos con las iniciales de D. F. C., bajo las cuales tenemos motivos para sospechar que se encubre el nombre de D. Francisco Camborda, abogado y chistoso escritor, que publicó por los años 21 y 22 la coleccion de folletos hebdomadarios titulados *La Periodicomania*. Muchos de estos cuentos pudiéramos escojer para dar á nuestros lectores una idea de la facilidad y gracia de aquel encubierto ingenio; pero ni lo permiten ya los límites de este artículo, ni tampoco las ideas demasiado atrevidas en ellos contenidas, aunque en términos decorosos en lo posible. No podemos sin embargo dejar de hacer alguna escepcion en pro de los siguientes, con que terminamos por hoy la grata tarea que nos impusimos en este artículo:

Cada vez que por detrás estornudaba Don Blas, (que era muy frecuentemente) un criado diligente al señor Don Blas decia: Con salud los eche Usia. Advirtiéndole otro criado y le preguntó enfadado: ¿Te aumenta sueldo el señor por ser un adulador? —Tú no sabes, respondió, lo que solicito yo con estas saluciones: pido que eche los pulmones.

Sin estudiar medicina se sabe con evidencia que la retencion de orina es una grave dolencia. Era uno que se quejaba de esta triste enfermedad, y su muger le exhortaba á tener conformidad. —Acuérdate (le decia) cuánto el santo Job pasaba: y el marido respondia: —«Sí pasó; pero meaba.»

## ARTE DE LEER EL DIARIO DE AVISOS. (1)

CARTA DE D. BONIFACIO Á SU AMIGO D. RUFO.

Mi querido Rufo: te has empeñado en venir á Madrid, ¿quieras Dios que no te arrepientas. Por mi parte, ya lo sabes, no puedo facilitarte dinero, porque no lo tengo, ni quiero darte recomendaciones, porque las mias no te servirían de nada, sin que sea esto decir que te sirvan de gran cosa las que traes de provincia. Lo único que puedo darte son consejos; y aunque los consejos no cuestan dinero, como se dice vulgarmente, te aseguro que no pocas veces lo economizan,

(1) Tomamos de *La España* el presente curioso artículo.

Y en todo caso siempre valen mas que las recomendaciones. Los primeros consejos que voy á darte versarán sobre el modo de leer los periódicos. Hoy me limitaré á hablarte del *Diario de Avisos*, periódico universal, del cual hallarás un ejemplar al menos en todas partes, así en los espléndidos bufetes ministeriales, como en los duros y estrechos bancos de los llamados salones para limpiar botas y zapatos. O no has de salir de casa, ó de lizo te se vendrá á las manos el *Diario*. Teniéndolo en la mano, es imposible dejar de leerlo, y leerlo sin correr el riesgo de quedar chasqueado, es otra no menos imposible que la primera. Considera pues, amigo Rufo, la enormidad del servicio que voy á prestarte, si consigo ponerte en el caso de poder leer impunemente el *Diario de Avisos* de Madrid.

Si el *Diario* no se distinguiera por otras mil cosas, distinguirse desde luego por su metódica división de materias. Cuatro son las secciones que abraza: Sección oficial; Sección judicial; Sección religiosa; y Sección de anuncios. Vamos por partes, y atiende.

La SECCION OFICIAL puedes leerla sin peligro, y aun con ventura que la leas por si te alcanza alguna disposición ó algun bando de buen gobierno. Notarás que los bandos, sobre todo si son de policía urbana, suelen insertarse tres días seguidos, con lo cual casi todos los vecinos los aprenden de memoria, y los cumplian con una puntualidad que te pasmará: así es que en Madrid anda en boca de todos el refrán de *bando publicado bando observado*.

La SECCION JUDICIAL la distinguirás á la legua por la rotundidad, ó llámese incommensurabilidad de los periodos. En viéndolo treinta ó cuarenta renglones seguidos, que componen una sola cláusula, ya puedes contar que aquello es una citación ó un emplazamiento. La elocuencia curialesca alcanzó hace siglos á su apogeo, y no serán nuestros escribanos los que la hagan decaer de su antiguo y proverbial esplendor. En esta sección, lo mismo que en la anterior, encontrarás de vez en cuando algunos avisitos llamando á este ó al otro prójimo para enterarle de cierto asunto ó de cierta providencia que le interesa. Sabe para tu gobierno que tales avisos, al parecer inocentitos, tienen á veces sus puntas de insidiosos. No es raro, por ejemplo, que el asunto interesante que hay que comunicar al individuo consista en que la policía le busca, en que se ha olvidado de pagar unos atrasos, en que recoja su pasaporte y salga de Madrid dentro de las veinticuatro horas ó otra receta por el estilo. Así es que muchos de los avisados, cuando leen en el *Diario* que alguna autoridad les quiere hacer saber cierta providencia, prefieren quedarse perpétuamente en la mas profunda ignorancia.

En la SECCION RELIGIOSA, después de las funciones de iglesia vienen los anuncios de funerales y aniversarios. Generalmente solo se anuncian los funerales de personas visibles y conocidas; pero una que otra vez leerás algun anuncio del tenor siguiente:

*Doña María Fernandez Suarez (Q. S. G. H.) ha fallecido el día 2 del corriente.*

*Don Pedro Fernandez, viudo, los hijos, nietos, sobrinos, primos y demás parientes de la difunta, ruegan á sus numerosos amigos á quienes por olvido se haya dejado de pasar esquela, que rueguen á Dios por su alma, y se sirvan concurrir al funeral que se celebrará, etc., etc.*

En casos semejantes ya puedes estar seguro de que el don Pedro Fernandez no tiene tales numerosos amigos, ni en Madrid le conoce otra persona que el portero de su casa (si es que habita casa con portero), y que solo ha cometido la facha de gastar ocho reales en el anuncio para darse el gustazo de verse en letras de molde.—Tambien es de advertir que los anuncios de funerales se dirigen á las personas amigas á quienes por olvido no ha pasado esquela la familia del finado; pero sabe, amigo Rufo, que cierta vez en que uno de esos anuncios hablaba conmigo, descubrí que no se habían estampado tales esquelas, y que, por lo tanto, no era que la viuda se hubiese olvidado de mandarlas repartir á este ó al otro amigo, sino que se había olvidado de encargárselas á la litografía... Yo, aunque no soy malicioso, me inclino á pensar que ese rasgo de economía doméstica puede tener imitadores; y por consiguiente, mira con cuánta cautela has de leer siempre los anuncios del *Diario*!

La SECCION DE ANUNCIOS es la mas vasta, á la par que la mas vistosa, amena y divertida que puedes imaginarte: pero cuidado, porque á cada renglón puedes dar un tropiezo, y bien se necesitan todos los primores del arte hermenéutica para interpretar la gramática parda de los anunciantes. Esta sección se halla subdividida en capítulos.

El primer capítulo no lleva título, y con razón; porque, ¿quién pone título á un mistiflori de maestros de francés y de peluqueros, de dentistas y de colegios de enseñanza, de médicos acreditados y prestamistas benéficos, de curaciones radicales y de embalsamamientos perfectos, de agencias de negocios y de sociedades anónimas, de sastres recién llegados de París y de pedicuros, de minas y otras colocaciones de dinero igualmente ventajosas, de arriendos y de afinadores de pianos?... La práctica te enseñará á leer con rapidez toda esa sección, porque de muchos anuncios te bastará con ver las primeras palabras. Así cuando veas un anuncio que empieza *doña Norberta Murga*... es que se trata de limpiar dentaduras con delicadeza, etc. Siempre que veas el epígrafe *Academia de baile*, es el acreditado sacerdote de Tersiprocio Mr. Journé, en su invariable cuarto bajo de la calle del Colmillo, núm. 3, que enseña todos los bailes de sala *el reliquia*. En viendo *don David Jacobo de Lyon*... es que quieren enseñarte el modo de vestir sin gastar dinero, paradoja cuya explicación te aconsejo que no quieras aprender experimentalmente, porque te saldría cara la lección. Antonio Leon... José Alvarez... Antonio Malufo... Francisco Serrano... son tambien anunciantes de la misma filantrópica escuela de Don David.—Si hubieses venido hace cuatro ó cinco meses, deberías prevenirte otro lazo, que era el de ofrecerte un sombrero nuevo á cambio de uno viejo (mas un Napoleón); pero esa secta de sombrereros filántropos sí duda se arruinó en la especulación, y felizmente hemos perdido esta ganga.—Y á propósito de gangas, siempre que te encuentres con anuncios que empiezan: *Ganga positiva! ó Atención! ó Interesante! ó Sorprendente baratara! ó Buena ocasión!* no leas mas, porque perderías el tiempo, y te espondrías á perder el dinero si fueses curioso: *latet anguis in herba*, querido Rufo.—Des-

confía tambien, por lo general, de todo anuncio en letras gordas, y en particular de los que cojen dos ó tres columnas al través, apareciendo á manera de lapidas de nicho.

Aunque tú por buena suerte no eres empleado, no estará demás que te diga, que cuando leas que en tal parte se continúan haciendo préstamos sobre pagas de las clases activas y pasivas, con decoro, con brevedad y sin exigirse comision, debes entender que el decoro consiste en citar al pobre cesante ó empleado ante el teniente de alcalde, y hacerle convenir en el embargo ó la retención del tercio de su haber; la brevedad la deducirás del tiempo que se necesita para dar esos pasos judiciales, visitar al habilitado, cerciorarse de si el paciente tiene alguna otra retención, si tiene atrasos, etc., etc.; pero en cuanto á no exigirse comision, es la verdad; solo que el empleado toma 3,000 reales, por ejemplo, y se obliga á pagar 5,000; es decir, que el interés no llega aun al 80 por 100.

Después de los anuncios generales, siguen las VENTAS, capítulo largo, interesante y en gran manera vitando, sobre todo desde que ha empezado á acimatarse en España el puff. Las ventas suelen insinuarse blandamente con alguna de las siguientes melosas frases: *Por tener que desocupar el local... Con motivo de retirarse del comercio el dueño de... Por circunstancias particulares... Se ha hecho una gran rebaja en... Perdiendo dinero... Por urgir la venta... Por tener que ausentarse el dueño... Por la mitad de su valor se da... Mentira, y todo mentira; no creas en nada de eso. No quieras pianos de ocasión, ni muebles de lance, ni garbanzos gordos y como manteca, ni pescado fresco, que para su pronto despacho se ha arreglado... ni medias acciones de minas... ni tinta española clarificada... de todo eso compraba yo cuando no sabia leer el *Diario*, y siempre salí con las manos en la cabeza. No te alucines las garantías, ni las comodidades, ni las condiciones ventajosas, porque siempre quedarás mistificado, como dicen los franceses. Te parecerá, por ejemplo, que para comprar leche pura no hay mas garantía que verla ordeñar: pues bien, irás á la casa de vacas, verás real y efectivamente una vaca, una vaca de carne y hueso, verás cómo la ordeñan; pero lo que no verás es que en la jarra que recibe la leche ordeñada, ha echado previamente el mozo dos ó tres copas de agua tibia, para que no desdiga de la temperatura de la leche. ¡Fíate ahora de la leche vista ordeñar!—Nada tampoco mas cómodo que proveerse de carbon llevándolo el carbonero á tu casa sin aumento de precio: sabe empero, que carbon llevado á casa de los parroquianos quiere decir carbon mermado en una cuarta parte de su peso. Esa raza etiópica de vendedores de combustible podía al menos ser franca, y decir como los carniceros de las plazuelas, esto es vaca ó ternera bien pesada (sin robar en el peso) á tanto, y vaca ó ternera sin condiciones en el peso (esto es, robando tres ó cuatro onzas en libra), á tanto menos. Este lenguaje tiene siempre el mérito de la claridad, y el consumidor sabe á qué atenerse.—Cuando veas que los pañuelos, ó las batas ó los percales, etc., se anuncian diciendo que los de 19 reales, por ejemplo, se venden á 8, y los de 8 á 3, debes entender que los de 3 te los darán á 8, saliendo estafado en mas del doble.—En las ventas notarás á veces que al avisarse la enajenación de una casa ó de un crédito, etc., el anunciante añade por conclusion: *no se tratará con corredores*. Como tú eres recién llegado, no comprenderías esa singular condición, si no te dijese que los corredorcillos innominados que andan en eso de préstamos y ventas tienen fama (cree que merecida) de trapiondistas y enredadores, de suerte que su intervención en un negocio es prenda segura de informalidades, disgustos y pleitos.*

Decía el ilustre Franklin que no conviene ir á las almonedas, porque uno se ve tentado á comprar cosas que no necesita. Yo te repito el mismo consejo por igual razon, y por la no menos poderosa de que si algo necesitas realmente, lo pagarás mucho mas caro de lo que vale. Por lo comun quien hace la almoneda es un preñero pirata que ha comprado de antemano todos los muebles en masa, con la condición de que la familia que se ausenta le ha de dejar anunciar la almoneda en la misma casa por tantos ó cuantos dias. Sabe igualmente que, de algun tiempo á esta parte, ciertos almacenistas que tienen poco despacho han discurrido anunciar una almoneda: vas tú á la calle y número que indica el *Diario*, y te encuentras con que es una prendería ó un ebanista que aparentan vender en almoneda, cuando lo que en realidad buscan es llamar gente y atrapar incautos. ¡Anatema contra las almonedas!

Casi iba á anatematizar tambien los LIBROS, cuya venta verás anunciada todos los dias, pero me contengo por no indisponerme con el irritable *genus* de autores y editores. El buen libro en el estante se vende; mas por si acaso te ocurre necesitar alguna obra, te permito que recorras las listas de libros de lance que anuncian varios *bouquinistes*, y con frecuencia á precios fabulosamente mínimos. Verdad es que ellos los han adquirido tambien á precios tiránicamente bajos!

En materia de TRANSPORTES te ofrecerán los anunciantes del *Diario* celeridad, comodidad y baratura: no los creas, y librete Dios de que te veas precisado á pudrirte en una mensajería acelerada, ó á descoyuntarte los huesos en una góndola terrestre, ó á macerarte en una diligencia que lleva banastas de pescado en la vaca.

LOS ALQUILERES Y TRASPASOS constituyen otro artículo delicioso. Por regla general se anuncian los cuartos que nadie quiere alquilar, porque las habitaciones buenas se alquilan antes de desocuparse, ó á las pocas horas de tener puestos papeles en los balcones. Te sorprenderá quizás leer á veces que por 5 ó 6 reales se alquila un cuarto de catorce piezas, por ejemplo; pero has de saber que en Madrid los caseros llaman piezas á cualquier cosa, al mas pequeño quebrado de espacio: un tablero de damas, por ejemplo, sería, segun se cuenta, una habitación de sesenta y cuatro piezas!—En punto á traspasos, tambien es regla general que solo se traspasan (siempre con el indelible permiso del casero) las barberías, tiendas ó almacenes infrecuentados, y cuyos propietarios se han arruinado. Cuando leas que se traspasa un establecimiento sin exigir mas que el precio de la anáquelera, entonces ya puedes contar que el titular no solo ha perdido su capital, sino que además se ha endeudado considerablemente.

Puedes dispensarte de leer las PÉRDIDAS, sabiendo que de las ciento, las ochenta son perritos que se han extraviado, y las veinte restantes pulseras ó brazaletes que se han caído. Por el bien parecer se anuncian á veces bajo el título de PÉ-

DIDAS verdaderos robos. Los anuncios de esta clase suelen empezar con la frase: *Ha desaparecido de....* y concluyen con la de: *Se guardará el secreto.... ó Sin hacer mas averiguaciones....*

Los HALLAZGOS componen el capítulo mas corto. Generalmente solo se devuelven cosas de poco valor: por extraordinario, y sin que forme jurisprudencia, se han devuelto alguna muy rara vez billetes de banco y monedas de oro ó plata. Todas las NODRIZAS que se anuncian en el *Diario* son jóvenes y robustas, tienen leche fresca y abundante, y personas que abonen su conducta. Afortunadamente mi señora doña Eusebia, tu buena esposa, es excelente ama de cria, y no tienes que buscar leche mercenaria: prescinde pues de leer las Nodrizas.

El capítulo SIRVIENTES es otro que bien baila. Todos los que se anuncian en el *Diario* saben su obligación, tienen mil habilidades y las mas recomendables prendas; pero ya sabrás lo que es bueno luego que hayas tomado criada. En otras capitales, así las nodrizas como los sirvientes, deben acudir á una oficina central donde se inscriben sus nombres y se averiguan sus circunstancias y sus antecedentes: el que necesita una nodriza ó un criado, va á dicha oficina y encuentra las posibles garantías de acierto; pero en Madrid nos lo gobernamos de otra manera, y cada cual se arregla como le da la gana, ó como Dios le da á entender. ¡Así sale ello!

Por último, vienen las DIVERSIONES PÚBLICAS, en cuyo anuncio suele haber bastante exactitud. Sin embargo, lo que es verdad por la mañana, no puede salir cierto á la noche, por haber enfermado repentinamente el galán, ó haberse puesto ronca la dama. Entérate, por consiguiente, con cierta reserva, y rebaja además la mitad de la mitad del valor de los adjetivos muy aplaudida (comedia) magnífico (cosmorama), y otros que generosamente prodigan los empresarios.

Cuando al diarista le sobra espacio, pone por remate la BOLSA y las OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS. Tan exactos acostumbra á ser los precios de la primera, como los grados de las segundas: no te llenes la cabeza con tales números.

Una advertencia me resta que hacer, y es que si deseas que tus hijos adquieran buen gusto y se perfeccionen en la gramática, no les dejes leer el *Diario*. Por lo que toca á la redacción, no te diré mas sino que uno de los avisos mejor puestos es el siguiente:

*«Una señora viuda, de mediana edad, busca un caballero solo para ama de llaves.»*

Por lo que hace á la parte material, el papel del *Diario*, aunque parezca exageración, es peor que papel de periódico; en el color se asemeja al papel de bulas, y en la pasta no llega al mérito de la del papel sellado. Los tipos y el tirado no desdican en nada de la bondad del papel.

Ahí tienes, pues, el método de leer el *Diario* con brevedad y sin riesgo para tu bolsillo. No olvides ninguno de mis consejos, y seguro estoy de que has de dar las gracias á tu siempre apasionado

BONIFACIO.

#### CAMPAMENTO DE LOS PRUSIANOS DELANTE DE RASTATT.

El grabado que damos en este número bajo el mismo epígrafe representa la posición de los Prusianos delante de Rastatt á principios de julio de 1849.

Bien sabido es de todos el levantamiento ó sedición que estalló á mediados de dicho año en algunas ciudades del Ducado de Baden y del Palatinado, para que nos detengamos á enumerar los muchos actos de violencia y desórdenes que se cometieron, sacando hombres y dinero sobrepresto de defender la libertad: solo si diremos que concluyó como casi todas las revoluciones de esta clase, en las que los jefes principales suelen ponerse á salvo en país extranjero, llevando consigo generalmente los fondos que han podido recojer, y dejando abandonada á sí misma á la ilusa multitud, que desordenada y sin recursos se ve obligada á capitular ó diseminarse, poniendo así término á los males que trae consigo esta clase de acontecimientos.

#### EL NUEVO PINAKOTHEK EN MUNICH.

Entre los muchos edificios notables que cuenta en su seno Munich, merece especial mención el nuevo Pinakothek, magnífico edificio construido á espensas del rey Luis, y destinado para conservar las pinturas, dibujos, etc., del siglo XIX y de los tiempos futuros.

El nuevo Pinakothek se empezó á construir en el otoño de 1846, bajo la dirección del primer arquitecto de cámara, que tambien formó el plano de la obra, y se concluyó el año 1847. Es de estilo bizantino, y tiene 367 pies de longitud, 101 de anchura, y 98 de altura, estando compuesto de dos pisos basados sobre un cimiento bastante alto y una especie de sotabanco levantado sobre la cornisa principal. El pórtico principal que mira á Levante se compone de tres arcos, y desde este pórtico se ve la escalera principal de mármol, con balastradas de bronce en el primer piso y al lado un salon en donde se halla en frente de la puerta de entrada el retrato de cuerpo entero del rey Luis en traje de caballero de la orden de san Huberto, pintado por W. Kaulbach.

Además de este salon hay otros cinco salones de 48 pies de largo, 43 de ancho y 50 de altura, con luces altas, y finalmente un gran salon de 90 $\frac{1}{2}$  pies de largo por 53 de ancho, en cuyas paredes hay 25 cuadros de paisajes griegos, pintados por Rottmann. Al sur y al norte de este gran salon se ven tambien otros varios departamentos. El primer piso, compuesto de ocho salas, se halla destinado para las pinturas de la actualidad, dibujos, cartones, pinturas en loza, porcelana, cristal, y tiene además dos talleres para sacar copias.

El edificio en general es de muy buen gusto, y guarda una perfecta armonía, habiéndose esforzado tanto el arquitecto como los pintores y escultores en conseguir el objeto que se propusieron, esto es, esa misma armonía que tan poderosamente contribuye á realzar cualquiera obra, y mas particularmente la que acabamos de describir.



LOS BARRILES DE ENRIQUE

Musical score for 'Los Barriles de Enrique' in G major, 2/4 time. The score consists of two staves: a treble clef staff with a melody and a bass clef staff with a harmonic accompaniment. The piece begins with a forte (F) dynamic marking.

Continuation of the musical score for 'Los Barriles de Enrique'. The melody continues in the treble clef, and the accompaniment remains in the bass clef. A forte (F) dynamic marking is present.

Continuation of the musical score for 'Los Barriles de Enrique'. The piece concludes with a final chord in the bass clef staff. A forte (F) dynamic marking is present.

Continuation of the musical score for 'Los Barriles de Enrique'. The melody continues in the treble clef, and the accompaniment remains in the bass clef. A piano (P) dynamic marking is present.

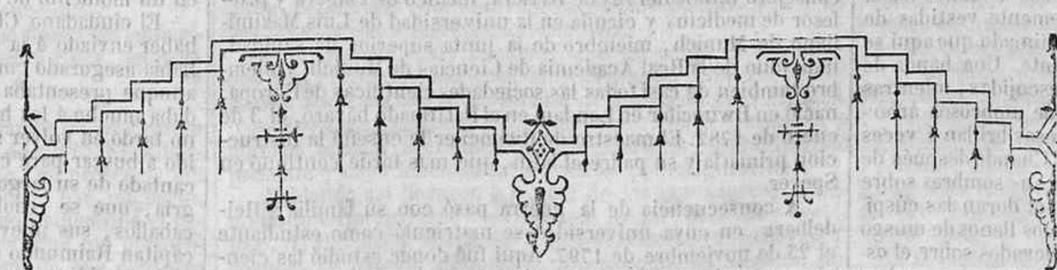
Continuation of the musical score for 'Los Barriles de Enrique'. The melody continues in the treble clef, and the accompaniment remains in the bass clef. A piano (P) dynamic marking is present.

Continuation of the musical score for 'Los Barriles de Enrique'. The melody continues in the treble clef, and the accompaniment remains in the bass clef. A piano (P) dynamic marking is present.

Continuation of the musical score for 'Los Barriles de Enrique'. The melody continues in the treble clef, and the accompaniment remains in the bass clef. A piano (P) dynamic marking is present.

Continuation of the musical score for 'Los Barriles de Enrique'. The melody continues in the treble clef, and the accompaniment remains in the bass clef. A piano (P) dynamic marking is present.

Continuation of the musical score for 'Los Barriles de Enrique'. The melody continues in the treble clef, and the accompaniment remains in the bass clef. A piano (P) dynamic marking is present.



## LOS BAÑOS MINERALES DE EMS.

Las termas de Ems pertenecen á los baños minerales mas antiguos de Alemania, y fueron ya conocidas por los romanos en la antigüedad mas remota. Las legiones romanas de Augusto y Tiberio tenían ocupadas las alturas del Taunus, y dedicaban su cuidado y atención á las fuentes termales de Ems. Muchos monumentos del tiempo de los romanos nos prueban hasta la evidencia que Ems habia gozado ya entonces de gran estimación e importancia, pues Ems es una fuente abundante de antigüedades romanas. Después de la caída del imperio romano desaparecen por mucho tiempo todas las noticias sobre esta ciudad y sus manantiales, y no antes que en el siglo XII llegó á entrar bajo el dominio del conde de Nassau, dando el arzobispo de Colonia en 1355 al conde Juan de Nassau el pueblo de Eimetz con sus baños calientes en feudo. Mas tarde se presentaron como co-posedores de Ems los poderosos condes de Katzenelnbogen. Después de la estinción de esta casa cae su parte en posesión á las landgraves de Hesse, que quedaron hasta 1803 en comun posesión de Ems con la casa de Nassau-Orange, en cuya época y á consecuencia del convenio de Ratisbona pasó Ems en exclusiva posesión de la línea de Nassau.

Hesse y Nassau-Orange habian hecho ya mucho por Ems en el siglo pasado: sin embargo, los magníficos establecimientos que han elevado á este pueblo á uno de los principales baños de Europa, deben su creación únicamente á aquel tiempo en que Nassau, siendo único poseedor suyo, pudo empezar y concluir sin trabas la obra de su embellecimiento. En los últimos tiempos se han empleado considerables cantidades para quitar lo antiguo, fundar, ensanchar y herosear lo nuevo.

Por cualquiera parte que sea que uno se aproxime á estos célebres baños subiendo ó bajando el Lahn, se abre una magnífica perspectiva sobre el valle encantador del rio y sobre el alegre pueblo de Ems, que se apoya pacíficamente contra el pie de las altas montañas que lo rodean. Con alegría recorre en esta parte ha adornado la naturaleza con los encantos mas variados. Casas de baños y fondas semejantes á palacios, alegres jardines, alamedas y grupos de árboles umbrosos adornan agradablemente las diferentes localidades. Los alrededores encantadores de Ems ofrecen una abundante materia para pasar semanas enteras una verdadera vida idílica. En todas partes se han establecido cómodos alojamientos, y aun las exigencias mas exageradas de bienestar confortable y comodidad suntuosa se hallan completamente satisfechas. En ningun concepto Ems se ha dejado arrebatar la palma ni aun por los mas célebres baños de Europa, y permanecerá en la altura de su florecimiento, mientras la ciencia anuncie el poder hechicero de sus manantiales.

Al lado de los muchos edificios nuevamente construidos, en su mayor parte por particulares, se eleva orgulloso el salon de sociedad ó descanso levantado hace pocos años. A sus agradables proporciones exteriores corresponde un rico adorno interior. La gran sala de baile con sus columnas y pilastras de mármol rojizo, sus pinturas al fresco y sus espejos gigantescos ofrece un aspecto imponente, sobre todo de noche, cuando al brillo de una magnífica iluminación se reúnen los variados grupos de la sociedad para conversar ó pasar el tiempo alrededor del tapete verde. El pasaje abovedado que une la sala de sociedad á la casa de baños, es una obra completa del arte y de la técnica, y constituye un sitio sumamente animado; pues siendo al mismo tiempo un bazar, contiene todo lo que la industria puede ofrecer á la necesidad y al lujo.

El número de los manantiales en Ems pasa de veinte; pero en la casa de baños y sus inmediaciones solo son quince los que brotan de las hendiduras de los peñascos. Al lado opuesto se ha encontrado el nuevo manantial sumamente abundante, que tiene una temperatura de 38° Reaumur, la fuente del caldero 37°, la del príncipe 28° y la del Krähnchen 23°. El agua es límpida y clara, su sabor algo salado ó alcalino, pero agradable. Al lavarse ó bañarse obra de un modo sumamente agradable sobre los nervios tangibles de la piel. Mientras que la primera de las fuentes citadas solo sirva para bañarse, se aprovechan las últimas tres principalmente para beber. En casi todas las aguas termales de Ems han arrojado de sí los ensayos científicos los resultados de que todas concuerdan esencialmente en sus principales partes de composición, y que únicamente en el contenido del libre ácido carbónico y en las proporciones de su temperatura es en lo que difieren un tanto. El elemento principal de que se componen es el bi-carbonato de sosa, y discrepa muy poco, pues contiene en 16 onzas cerca de 14-16 granos, mientras la suma de todas las sólidas partes integrantes es de 26-27 granos.

El arreglo actual de los baños no deja nada que desear; el mueblaje y ajuar de los baños corresponde á las exigencias actuales mas elevadas, á fin de que el establecimiento asegure tambien para el porvenir la fama adquirida ya desde mucho tiempo há. Las bañeras se hallan en la casa de baños, en la casa maciza, en la columnata nueva cerca de las cuatro torres, y en la nueva casa de baños al otro lado de Lahn. En todo hay ciento cuarenta y ocho bañeras, de modo que seiscientas ó mas personas pueden bañarse diariamente. El orden mas conveniente y puntual reina en todas partes.

Dos veces al día se reúnen todos los visitantes de Ems en el bonito jardín que se extiende desde la casa de baños hasta el salon de recreo; bellas señoras elegantemente vestidas de casi todas las naciones dan á este cuadro animado que aquí se presenta, un carácter sumamente interesante. Una banda de música toca con maestría las piezas mas escogidas, mientras que el mundo fashionable se pasea debajo de umbrosos árboles y entre los cuadros de flores que hermosas brillan á veces con un esplendor inusitado. ¡Qué deleite! Cuando después de un día caloroso de verano estiende la tarde sus sombras sobre el valle, los últimos rayos del moribundo sol doran las cúspides de las inmediatas montañas y sus peñascos llenos de musgo y rodeados de un vapor purpúreo brillan elevados sobre el oscuro verde de los bosques. ¡Qué impresiones para un alma sensible! Por un lado príncipes, princesas y el mundo elegan-

te de casi todas las partes de Europa, y por otra la serena y silenciosa naturaleza en toda la magnitud de su esplendor.

Si ya hemos mencionado al hablar de los alrededores mas cercanos de Ems, el que los sacrificios hechos para atraer la concurrencia se han visto recompensados con abundancia, no podemos menos de conceder gustos esta ventaja igualmente á los sitios algo mas apartados. Nassau con sus ruinas de Nassau y Stein, Brambach, Lahnstein, Stolzenfels, Coblenza, Ehrenbreitstein, Engers, Sayn y Neuwied forman una serie de puntos de escursiones, cuyos principales encantos no nos permiten los límites de este reducido artículo esplanar.

Los efectos de los baños de Ems son muy grandes, aunque diferentes. Obran despacio, pero profundamente, sobre el organismo, sin excitarlo, pues penetran en los jugos del mismo y lo cambian de un modo químico y dinámico. La suave terna que se introduce casi furtivamente en todo el organismo (pues estas son las palabras de eterna verdad del ponderado Diel, á quien nadie ha dejado de citar al decir algo de Ems), es la sosegada amiga de la vida vegetativa, de la fuerza plástica y penetrando en las membranas mas finas y mezclándose del modo mas íntimo con toda la masa de los humores, es claro que estas aguas tan stanciosas deben variar la forma de vida en la anatomía patológica de la sangre. Las aguas de Ems son un remedio de suave pero radical efecto, que ha ejercido frecuentemente un influjo salutar en las enfermedades de las membranas mucosas (en todos los catarros crónicos) de los vasos y las glándulas linfáticas, de las escrófulas y sus formas múltiples en las afecciones de los riñones, del bazo, del hígado, de la piel etc.; no hablando de su ventajosa y conocida aplicación contra las enfermedades crónicas del pecho, á lo cual debe Ems su principal fama. Con respecto á la curación de varias enfermedades del pecho es Ems único en su clase: muchos enfermos que padecían de una ronquera continuada, de catarros inveterados, de una bronquitis crónica, del asma etc., han sido curados aquí. En particular recomendaremos aun su gran efecto contra la gota y el reumatismo, contra acedia del estómago, dispepsia é inclinación á las afecciones ictericas. En este concepto es Ems el Carlsbad en sentido mas suave.

Para el conveniente uso de los baños, que debe dirigir un entendido y cuidadoso médico, siempre que se quiere lograr un resultado deseado, es menester guardar la correspondiente dieta, observar un rígido método de vida, y continuar por largo tiempo el uso de las aguas. El enfermo debe evitar cuidadosamente las excitaciones de Venus, las emociones morales y los excesos dietéticos á fin de que no se interrumpa el efecto de la curación; el baile, juego, los goces de la mesa, las pasiones echan frecuentemente á perder lo que las aguas habian remediado. En su lugar podrán indemnizarse con escursiones en el país, con ejercicios corporales, cambios de aire y de residencia, nuevos conocimientos, el goce de nuestras hermosas tardes, descanso de trabajos penosos, el *dolce far niente*, el destierro de cuidados domésticos etc., todo lo cual contribuye de seguro al logro de la salud.

Ems es muy frecuentado. Mientras que en los años de 1820-1830 el número de los enfermos era solo de mil doscientos, subió en los de 1830 en adelante ya á tres mil, alcanzó el de cuatro mil en 1840 y en 1852 llegaron á cinco mil los forasteros que buscaron la salud en sus manantiales. Se ve por lo tanto que Ems obtiene cada vez mas aceptación. Pero tambien el gobierno por su parte contribuye en todo lo posible para hacer á los forasteros su estancia tan agradable como útil. Así es que se quitaron los antiguos baños que no correspondían á toda la comodidad que ahora se exige, y se levantó una nueva y grandiosa casa de baños que hace poco ha sido abierta al público; así es que se levantó un puente de hierro sobre el Lahn, que se ensanchó el salon de bebida en el Krähnchen y se construyera una presa en el Lahn para elevar á mas altura el nivel del agua, lo que se hace por consideraciones higiénicas á fin de proporcionar á nuestro pueblo, ya muy sano, aun mas salubridad. Asimismo se aumentó en uno el número de los médicos que habia hasta ahora, componiendo por consiguiente el de cinco, no bastando los cuatro que habia á causa del aumento de extranjeros que habia tenido Ems en los últimos años.

En vista pues de un estímulo tan activo de todas partes no es de extrañar que Ems entrase en el periodo de su mayor brillo y estendiere su fama hasta los países mas remotos.

## FELIPE FRANCISCO DE WALTHER.

Casi á fines de la mitad de nuestro siglo, tan fecundo en acontecimientos, el 29 de diciembre de 1849 nos arrebató la muerte al doctor Felipe Francisco de Walther, uno de los médicos mas célebres de nuestros tiempos, y uno de esos seres privilegiados, cuyos dones científicos se pueden considerar como una joya inestimable del saber humano. La muerte ha puesto fin desgraciadamente á sus benéficas obras como médico salvador; pero los resplandecientes rayos de su ingenio permanecerán siempre fijos en sus numerosos escritos clasico-científicos, y en tanto que exista un procedimiento médico racional y basado en todas sus partes en el conocimiento del organismo humano, las obras de Walther serán unas fuentes inagotables, en cuyas claras aguas beberán los discípulos de la ciencia de curar, pudiéndose así elevar á un alto grado científico, libre de preocupaciones y de toda pedantería.

Felipe Francisco de Walter, doctor en filosofía y medicina, consejero íntimo del rey de Baviera, médico de cámara y profesor de medicina y cirugía en la universidad de Luis Maximiliano de Munich, miembro de la junta superior de sanidad, individuo de la Real Academia de Ciencias de Munich, y miembro tambien de casi todas las sociedades científicas de Europa, nació en Bwuociler en Landau, en el Palatinado bávaro, el 3 de enero de 1782. El maestro de Bwuociler le enseñó la instrucción primaria y su padre el latín, que mas tarde continuó en Speyer.

A consecuencia de la guerra pasó con su familia á Heidelberg, en cuya universidad se matriculó como estudiante el 25 de noviembre de 1797. Aquí fué donde estudió las ciencias naturales, y donde adquirió los primeros fundamentos de la medicina, y en 1799 pasó á Viena á completar sus estu-

dios. En 1802 recibió el grado de doctor en medicina, y al año siguiente fué nombrado profesor en Bamberg.

En la primavera de 1804 hizo un viaje á Paris, y á su vuelta fué nombrado profesor de fisiología, y luego de cirugía pasó Walther á Bona en 1817, en donde permaneció hasta que fué llamado á Munich, en cuya universidad le nombraron profesor de cirugía.

Hizo varios viajes científicos á Paris y Londres, así como por toda la Alemania. Acompañó dos veces al rey Luis á Italia y Sicilia, y á la reina Teresa á los baños de Dobberan, Schwemmer y Frawiensbard, y finalmente escribió varias obras y memorias científicas que han dado á Walther un gran nombre, siendo por lo tanto su muerte una gran pérdida para la humanidad y para las ciencias médicas.

## PUERTA DEL TRIUNFO EN MUNICH.

En la gran pradera que se estiende sobre la orilla izquierda del Isar, donde hace veinticinco años solo se cogía heno ó hortaliza, se ven ahora los arrabales de Luis y de Maximiliano con sus hermosos edificios en forma de palacios, la mayor parte obra del rey Luis. Lo mejor de estos nuevos arrabales es indudablemente la calle de Luis, á cuya entrada se halla la Puerta del Triunfo; su longitud es de 4,000 pies, su latitud de 120 y todo á lo largo de ella se ven magníficos palacios dignos de mencionarse en LA ILUSTRACION; pero ahora solo nos ocuparemos de la Puerta del Triunfo.

Nadie extrañará que se haya dado semejante denominación á esta puerta, si se tiene en cuenta que Baviera se ha señalado en todas épocas con innumerables victorias: por lo tanto bien se puede creer autorizado este país para tener su Puerta del Triunfo, como Berlin la suya de Brandenburgo, y Paris su *arc d'étoile*.

La primera piedra de la Puerta del Triunfo en Munich, que así como otras muchas obras públicas de Munich y Baviera deben su fundación á la munificencia del rey Luis, se colocó el 12 de octubre de 1843, año 18 de su reinado.

En el proyecto de la Puerta del Triunfo en Munich, formado por el ya difunto Gaztuer, se ha querido imitar el arco triunfal de Septimio Severo, y aunque el primero no es tan rico como este, puede sin embargo competir en grandeza con él. La construcción se empezó aun en vida de Gaztuer, y después de la muerte de este, ocurrida á mediados del año 1847, cuando apenas se habia llegado á la altura del arco, se encargó de la dirección de la obra el primer arquitecto Ed. Metzger, que la concluyó á fines del año 1849. En la parte superior hay seis medallones redondos que representan las provincias de Baviera, dos en cada uno de los costados, y dos en la fachada ó frontis: en medio de estos está la lámpara, sobre la cual en el lado que mira á la ciudad se halla estampada en letras de bronce la dedicatoria al ejército bávaro, y á la espalda el nombre del Real fundador y la fecha del principio y conclusion de la obra.

Tambien se ven seis cuadros en relieve, cada uno de 13 pies 4 pulgadas de largo, por 8 pies 6 pulgadas de alto, representando combates de tiempos de los romanos. En el espacio entre la cornisa y el arco mayor hay dos victorias colosales en el aire, y otras varias de 8 pies de altura con palmas y coronas de pié sobre los capiteles de las columnas.

En la plataforma hay un carro tirado por cuatro leones colosales guiados por una Victoria de 31 pies de altura. Este grupo, ideado por el rey Luis, y único en su clase, ha sido ejecutado en bronce y está perfectamente acabado, así como todo lo correspondiente á esta obra, que presenta un conjunto admirable, y que tiene además el mérito de haber sido ejecutado casi en su totalidad por artistas nacionales.

## LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

## CAPÍTULO VI.

Un tratado de paz.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, Chateaufeu y su partida llegaron á una especie de encrucijada, cercada por todas partes de álamos blancos y de cedros, hasta el punto de hacerse impenetrable á los rayos del sol. Varias rozas naturales, semejantes á las guarda-rayas de un parque, permitían que la vista se dirigiese hasta el rio, y estos puntos de observación eran deliciosísimos; en efecto, las aguas del Lohr aparecian brillantes al extremo de las praderas, y en el fondo extremo del cuadro ondulaban vagamente las crestas de las colinas ó diáfanas nubes de un color de rosa pálido. La encrucijada ocupaba el centro de la isla, y era un sitio á propósito para esperar al paso á cualquiera que la recorriese. La vegetación se mostraba allí en todo su esplendor; pues cada soto se parecia á un gran canasto lleno de bayas y de flores silvestres; la yerba era sumamente espesa, y desde el pié de los árboles cubiertos de musgo, trepaban hasta las ramas multitud de cepas y enredaderas de clemátidas. Grandes retamas y helechos formaban el vallado, semejante á un muro, en torno de aquel parque encantador creado por la naturaleza en un momento de capricho.

El ciudadano Chateaufeu echó pié á tierra, después de haber enviado á la descubierta al pescador, de cuyo celo se habia asegurado con un escudo de seis francos, moneda que, aunque presentaba el busto de los tiranos franceses, agradaba mucho á los habitantes de la Turena. El joven pescador no tardó en volver sirviendo de guia al capitán, á quien habia ido á buscar para conducirlo al cuartel general. Sultan, empujando de su largo pase, se entregaba á mil accesos de alegría, que se redoblaron con la presencia de los otros dos caballeros, sus nuevos compañeros. Con todo, conociendo el capitán Raimundo que se trataba de asuntos serios, habló á árabe un idioma particular, que Sultan comprendió sin duda perfectamente: el resultado fué que los tres corceles, confina-

Francisco, se regalaron lindamente con la abundante yerba que les ofrecía aquel bosque generoso. El capitán escombró las manos á Chateauf y le siguió hasta el punto en que se hallaba la pequeña partida de pescadores con el príncipe. El *currutaco* presentó este á Raimundo, quien al verle dió dos pasos atrás manifestando la mayor sorpresa. —Ah! ¿Con que os conocéis? dijo Chateauf. ¡Cuánto lo celebró, caballeros!

Acababa de reconocer efectivamente el capitán en aquel hombre al extraño personaje que en el camino de Sevres á Versailles había entablado conversacion con él, refiriéndole sus desgracias y haciéndole saber entre otras cosas que era el conde Raimundo de Vitry.

—A fé mia, ciudadano, dijo Raimundo, que no me sabe mal el encontraros aquí, aun cuando solo sea para que me deis noticias del famoso caballo normando que lanzásteis en pos del ciervo que yo montaba; tambien espero saber algo de vuestro primo el general Desaix, y de vuestros bienes que debian venderse como del dominio nacional. Veamos: ¿se ha hecho por fin justicia á la familia de Vitry, cuyo heredero sois?

El agente bajaba la cabeza, y ni aun le ocurría la idea de disimular su despecho.

—El tiempo urge, observó el ciudadano Chateauf, y tenemos que hablar un rato: hé ahí un banco de piedra; venid, capitán, y vos tambien, ciudadano prisionero.

Sentáronse los tres, de modo que su conversacion no pudiese llegar hasta los oídos de los pescadores, y Chateauf explicó al capitán de qué manera habia caído en sus manos el agente de policía, y la mision duplicada que habia recibido del presidente del poder ejecutivo, esto es, la mision de vigilar los pasos del *currutaco* y la de arrestar á Raimundo.

—Así pues, amigo mio, prosiguió diciendo, en tanto que este caballero debia velar sobre mi virtud, se proponia tambien sujetaros por el pescuezo, por lo cual, y en conclusion, considerando y atendiendo á todo lo espuesto, y valiéndonos de los derechos de la guerra, es innegable que podríamos, después de oír el dictámen del consejo de guerra, disponer el fusilamiento de un espía cojido en sus propias redes.

Estremecióse el agente de policía y se levantó, permaneciendo en pié delante de sus jueces con la vista estraviada, pero en una actitud bastante firme.

—Tranquilizaos, añadió Chateauf, porque vuestra muerte no serviría de la menor utilidad á nuestros propios negocios. El caso es muy sencillo, y así medita bien mis palabras y decidid después inmediatamente. Sois uno de los agentes mas señalados de la policía del Directorio, y particularmente de la de Barras: vivís de lo que os producen vuestros servicios, y estos han llegado á distinguirse en términos, que suponiendo posible la caída del poder actual, os veriais comprometido en alto grado, y si admitimos la hipótesis de que consigáis consolidarse, vuestra posicion no mejorará por esta circunstancia. ¿Os admira esto? Pues la razon estriba en mi crédito cerca de ese mismo poder, crédito que no podeis echar por tierra y que, por el contrario, es bastante grande para echaros á la calle dejándoos sin recursos. Por un lado hay riesgo y por el otro peligro para vos, y esas dos palabras son sinónimas, si no estoy muy equivocado. ¿Quereis por lo mismo entrar en una via mas segura para vuestros intereses? Porque al fin, supuesto que pertenecéis á la policía, supongo que comprendéis la necesidad de comer ante todo, pues nadie abraza esa profesion por puro capricho. ¿Quereis vivir con fondos seguros?

El agente levantó la cabeza, y dirigiendo al *currutaco* una rápida mirada, como para calcular la formalidad de sus palabras, respondió:

—Sí por cierto, porque debo mirar por mi existencia: tengo muger y dos hijos...

—Perfectamente, repuso Chateauf; yo lo ignoraba; pero eso mismo mejorará las condiciones de nuestro tratado. Continuaréis al servicio de Barras, y podeis contar con mi proteccion, mientras el presidente del Directorio tenga las riendas del poder. Si cae el Directorio, reemplazado por un gobierno cuyo jefe no es muy difícil adivinar, teneis aquí al capitán Raimundo, quien á su vez os honrará con su apoyo. En ambos casos quedan asegurados vuestros intereses, y vuestra muger y vuestros hijos tendrán con que vivir.

—Caballero, contestó el agente, ¿qué he de hacer yo para servirlos?

—Volver á Tours sin perder tiempo; retirar la orden dada á la gendarmería de buscar al capitán Raimundo, porque sabeis que ha marchado secretamente hácia el Mediodía de Francia; escribir al presidente del Directorio que vuestras pesquisas en estas latitudes no han producido resultado alguno, esceptuándose el hecho de que habeis seguido mis pasos por los alrededores de Tours y que me habeis visto herborizar con decidido empeño; hacerle saber tambien que, habiéndose dirigido el capitán hácia Marsella, vais á ponerlos en camino para esta ciudad; por último marchar efectivamente al Mediodía, donde hareis todo cuanto de vos dependa para arrestar al conspirador que se os ha designado, y que, si atiende á mis consejos, no se moverá de aquí. Esto es lo que habeis de hacer exactamente, y á tal precio asegurareis vuestro porvenir. Ya veis que la cuestion es admitir ó rechazar.

—Admitir, replicó el agente; mas es de observar que la conducta que acabais de trazarme es un odioso fingimiento...

—¡Escrupulo encantador! exclamó riéndose Chateauf: aquí tenemos un agente de policía que hasta ahora no ha mentado ni engañado á nadie, y que antes de espiar ó prender á un hombre le avisa de que va á verificarlo. Ea, ciudadano, tranquilizad vuestra conciencia y aceptad mis proposiciones porque os convienen. ¿Queda el tratado concluido?

—Concluido, respondió el agente: se me figura sin embargo, que en vez de ir á Marsella, debo volver á París, en interés del capitán.

—¿Y la razon?

—Es muy fácil de comprender. Supongamos que el capitán tenga que pasar al Mediodía con motivo de cierto desembarco próximo que todos esperan; en tal caso, mi presencia allí pudiera ser enojosa para tan valiente oficial: por mi parte, no encontrándome en el Mediodía al mismo tiempo que el capitán, no me veré colocado entre mi deber, que me prescribirá prenderle, y el vivo deseo que tengo de que continúe permaneciendo en completa libertad.

—A fé mia que yo no esperaba tanto de vos, ciudadano, dijo el *currutaco*: acabais de hacer rápidos progresos en mi estimacion; veo que comprendéis perfectamente las mas delicadas cuestiones, y que estais decidido á mejorar vuestra suerte. Id pues á París y decid verbalmente á Barras todo cuanto os he aconsejado que le escribais: al fin, las mentiras de viva voz siempre comprometen menos, pues como dicen los pedantes: *Verba volant, scripta manent*: un ex-doctor de la Sorbona, miembro hoy del Instituto, me enseñó esto, y por lo tanto debe ser una sentencia verdadera. Adios pues y daos prisa: de aquí á dos horas saldreis de Tours, y la gendarmería volverá á sus cuarteles, si sale con bien, como lo espero, de su navegacion por el rio. Señor agente superior, presentad mis respetos al Directorio, y no olvidéis que estoy por aquí herborizando con un éxito prodigioso.

El hombre gris se inclinó dándose el parabien de haber terminado tan pacíficamente su querrela con el *currutaco*, y considerándose seguro para el porvenir, merced á los dos protectores que su condescendencia acababa de adquirirle. El ciudadano Chateauf mandó á un pescador que condujese al prisionero, ya completamente libre, á la casa ó molino viejo, y que le pusiese sano y salvo en la orilla izquierda del Loira, sirviéndose al efecto de una de las barcas de pesca: acto continuo licenció el resto de su ejército, dando antes á todos muestras nada equívocas de su munificencia. El agente se apresuró á cumplimentar las órdenes que tenia, y regresó inmediatamente á Tours.

El ciudadano Chateauf, el capitán y Francisco caballaron: este último seguía á los dos jóvenes á una distancia conveniente. Ya era tiempo de que respirasen con libertad la brisa pura de aquella isla encantada, y de que disfrutasen el indecible placer de pasearse pacíficamente sin temor de nuevas sorpresas ni aprehensiones.

No nos haremos cargo del entusiasmo con que el capitán Raimundo explicó á su amigo Chateauf el profundo reconocimiento que debia á sus favores, y la admiracion que le habia inspirado su prevision. Para que el lector comprenda bien estas cosas, no necesitamos mas que indicárselas, porque una reticencia es á veces mas elocuente que la explicacion clara y terminante de los hechos.

El paseo fué largo y delicioso, y el jovial Chateauf refirió alegre y bulliciosamente una infinidad de noticias á su compañero; pero la anécdota del billete de pergamino desprendido de la bomba helada, permaneció oculta bajo las sombras del misterio, pues nuestro *currutaco* aseguró y juró que no habia tenido participacion alguna en aquel aviso dado al Directorio.

—Por lo demás, añadió, se le persigue y se le hiere con mil alfilerazos y es blanco de todas las pullas de la sociedad: ya se sabe que el ridículo es el arma que mas pronto asesina á los gobiernos. Así que, á pesar de mi *alta posicion*, confieso que veria retirarse al poder ejecutivo sin afligirme mucho. Está ya gastado y ha pasado su tiempo, de modo que no acabará cayendo, sino resbalando. El dia menos pensado se encontrará arrinconado en el portal del palacio de Luxemburgo, y no se notará el menor ruido; nadie extrañará la peripecia, y á la mañana siguiente nadie hablará del Directorio.

—Se me figura que pintais con verdaderos colores el porvenir, mi querido amigo, repuso el capitán; pero á propósito de la pesada broma que me habeis contado respecto al abate Sieyes, que toma lecciones de equitacion de mis dragones, ¿imagina seriamente hacer frente á Bonaparte con las armas en la mano? ¿Será capaz de presentarse con los generales ultra-republicanos á combatir al Dictador, si este llega seguido de los regimientos que se le pasen en su tránsito desde un puerto cualquiera hasta París?

—Quién sabe, amigo mio; si el abate procurará aprender la equitacion para agradar á Bonaparte, para marchar á su lado con gallardía y para llegar con él al poder...

—Sin duda es eso; habeis dado en la dificultad; mas no admiro menos vuestra feliz ocurrencia, que puso al caballero director en una posicion tan falsa y tan comprometida. Por supuesto que ganásteis á algun criado para que preparase convenientemente el caballo...

—Y presencié el salto mas grotesco que han visto los nacidos: figuraos á un metafísico acróbata bailando sobre las orejas de un caballo: pero los cristales que me ocultaban recibieron una fuerte pedrada, que en poco estuvo que no me sacase un ojo, porque uno de los dragones estaba verdaderamente furioso. Al dia siguiente era pública la aventura; Barras se rió como un loco, creo que todavía se rie y que todo París le imita: baste deciros que se han escrito versos al *salto mortal*, y que se canta en los bulevares esta copla:

Decid, señor abate,  
¿por qué bailais así?  
No estais en el combate  
y haceis el maniquí.  
No así estireis la chupa  
á guisa de doncel:  
debajo de la grupa  
¿qué tiene ese corcel?  
Lará, lará, lará.  
Decid al Directorio  
que pronto saltará.

Os hago gracia de las demás estrofas con que aturden los ciudadanos de París los oídos de quien quiere escucharlas; sabed que se han compuesto cincuenta y cuatro. Ya conocéis lo que es nuestra capital: un pueblo que siempre está cantando.

—Y que siempre paga, como dijo Mazarino, añadió el capitán. Esperemos que todos los impuestos exorbitantes y todas las cancciones nos traerán otra cosa.

—Sí, capitán, todo concluirá con un canto de triunfo y con una reconciliacion general. ¡Oh querida Francia! te amo mucho mas que todos mis sueños de ambicion y de vanidad.

—Muy bien, Chateauf, muy bien: venga esa mano, y dignaos aceptar la comida de un proscrito, cuya libertad presente y cuya felicidad futura acabais de asegurar hoy.

Hablando así llegaron á la casa de los pescadores, donde no tardó en prepararse un banquete frugal, pero muy apetitoso. Al anochechar abandonó la isla el ciudadano Chateauf, después de haberla llamado la *Afortunada*, en memoria del triunfo que en ella habia obtenido: quedó asimismo citado

para el dia siguiente con el capitán, á fin de hablar de negocios importantes, y tomó el camino de la ciudad de Tours, seguido de Francisco, su *esclavo emancipado*.

Es probable que tambien asistamos nosotros á esa cita, muy importante para la continuacion de esta historia.

## CAPITULO VII.

A la luna en el Loira.

Ya hemos visto de qué modo salieron fallidos todos los cálculos y manejos de la policía, merced á la sangre fria, á la inteligencia y á la firmeza del famoso *currutaco*, que se hacia llamar Chateauf y que daba tanta importancia á la conservacion de su incógnito.

Después de la aventura de la *isla Afortunada*, nuestro joven, que era ya una celebridad en la ciudad de Tours, procuraba sustraerse á la curiosidad pública. Salía muy pocas veces durante el dia, mas por la noche recorria los campos inmediatos, siempre seguido del fiel Francisco. Habian ya trascurrido algunos dias desde la partida del hombre gris, cuando al anochechar de un dia delicioso dirigió Chateauf su paseo hácia la orilla del Loira, que daba frente á la isla, en la cual proseguia vejatando nuestro capitán Raimundo. Este, por uno de esos presentimientos á que cedemos á pesar nuestro, esperaba precisamente aquella noche á su excelente amigo, y se habia metido en una barca de vela con el objeto de acercarse todo lo posible á la orilla, de modo que no inspirase sospechas. Al aparecer en ella los dos caballos, se oyó en la barca un silbido particular. El ciudadano Chateauf oyó y comprendió la señal, se apeó, y avanzó hácia el rio: al mismo tiempo se aproximó la barca y le recibió á bordo, mientras Francisco, siguiendo las instrucciones de su amo, se dirigia con los dos caballos hácia un cobertizo inmediato.

Eran las ocho, y la noche estaba hermosísima: el capitán dirigió la embarcacion al medio del rio, donde la brisa de Noroeste moderaba mucho su marcha, al paso que la favorecia en extremo para que pudiese cortar la corriente.

—Parece, capitán, que me esperabais esta noche, dijo el *currutaco*, y eso que no os he pasado el menor aviso.

—¡Oh mi antiguo amigo Chateauf! respondió jovialmente el capitán; sin duda habeis sentido alguna vez esa vaga inquietud que casi siempre nos advierte de la proximidad de un enemigo.

—Lo he experimentado muchas veces, capitán; pero ¿por qué os habia de inquietar mi venida? ¿Soy acaso enemigo vuestro?

—¿No sois mi tormento? Pues es lo mismo.

Las palabras del capitán podian interpretarse de dos modos; tenian, en efecto, un doble sentido, aunque Raimundo era entonces tan sincero como siempre. Con todo ¿se daba Chateauf cuenta á sí mismo de las impresiones que sentia su corazon hacia ya algun tiempo? ¿No se entregaba involuntariamente á una multitud de ilusiones de color de rosa? Decláremoslo de una vez: Coraly esperaba mucho mas de lo que daba á entender, y equivocando el verdadero sentido de las palabras del oficial, creyó que, pues era su *tormento*, no tardaria en convertirse en alguna otra cosa mejor.

—¡Vuestro tormento, capitán! exclamó de pronto. ¿Cómo entendiéis eso?

—¡Vaya! dijo Raimundo, ¿puedo contemplar con indiferencia á una de las mas perfectas criadas de la tierra esponerse, en su brillante posicion, á perderse para siempre, para volar en auxilio de un pobre proscrito como yo? Os lo juro, señorita (y puedo llamaros así en medio de este rio), vuestro sacrificio, que admiro estasiado, me hace temblar.

—¡Bah! ¿Y qué es lo que arriesgo en resumidas cuentas? ¿La pérdida de la proteccion de Barras? Os aseguro que no es siempre Pericles un hombre divertido.

—Ya, pero es poderoso.

—¿Y se os figura que doy yo mucha importancia al lujo y al dinero?... Me agraviaríais suponiéndolo.

—Sin embargo, os intere a en extremo vuestra independencia y vuestra tranquilidad, ciudadana.

—¡Hola! ¿Os parece que el Directorio será capaz de atacarme por ese lado el dia en que yo me burle seriamente de él?

—Ya ha hecho que uno de sus agentes siga vuestros pasos.

—Es cierto; y eso quiere decir que es capaz de todo lo malo.

—El Directorio se ahoga, ciudadana, y por lo mismo no es extraño que se agarre á un clavo ardiendo.

—Soy de vuestra misma opinion: la noticia del próximo desembarco de vuestro general de Egipto le tiene exasperado.

—Y las cancciones del buen pueblo de París.

—¡Oh! Han acrecentado su furor hasta un punto increíble.

—Como que son el *De profundis* para su gobierno.

—¿Quereis que hagamos una cosa, capitán?

—Hablad; vos sola mandais aquí.

—Pues bien; dejemos al Directorio que se componga como pueda con su detestable política, y ocupemos útilmente el tiempo examinando el magnífico paisaje que se presenta á nuestra vista.

—Que me place: así como así, la noche está deliciosa.

—Hé ahí un castillo: los niveladores no los han destruido todos en las orillas del Loira. ¿Cómo se llama ese, capitán?

Raimundo no contestó, y parecia ocuparse en arreglar los cabos de la vela: Coraly no se cansaba de examinar aquel remate cónico que brillaba al resplandor de la luna como una cúpula de porcelana. Esto no obstante, repitió su pregunta.

—¿Sabeis, capitán, el nombre de ese castillo encantador? Es un aristócrata bien atrevido, supuesto que osa destacarse entre los rayos de la luna, hallándonos como nos hallamos en plena república. Decidme cómo se llama...

—Es que... contestó el oficial, siempre atento á los cabos de la maniobra. ¿Dónde veis esa maravilla, señorita?

—Sereis capaz de negarme que tenemos ahí, á nuestra izquierda, una enormidad feudal, que nos insulta con su resplandor? Mirad, capitán, y cortad de una vez esas cuerdas, si no podeis desenredarlas.

De buena gana hubiera seguido Raimundo este consejo para cortar el nudo gordiano de su situacion; pero ni tenia allí la espada de Alejandro, ni la astucia necesaria para salir del atolladero. Recobrando, sin embargo, toda su serenidad

respondió con la mayor calma posible, aunque sin abandonar el arreglo de la maniobra:

—Me parece, señorita, que ese edificio pertenece á los dominios de Rencey.

Al oír este nombre no pudo Coraly contener un grito: el capitán se acercó á ella, y la preguntó con interés si se había lastimado contra la barca.

—No por cierto, caballero, repuso ella sin vacilar: he gritado por la sorpresa que me ha producido el ver correr una estrella. Podeis creerme que era muy hermosa, añadió señalando al cielo.

El capitán comprendió perfectamente la alegoría, y se mordió los labios, maldiciendo *in petto* su aturdimiento, que le había hecho tomar aquella dirección del Loira, cuando tan fácilmente hubiera podido hacerla bogar costeando la isla ó hácia la orilla opuesta. Quiso virar por redondo, á fin de dejar por la popa el fatal castillo de Rencey; pero apercibiéndose Coraly del objeto de aquel cambio de frente, le dijo:

—¿Qué diablos vais á hacer, capitán? ¡Oh! No cambiemos de dirección, porque ¡estamos también así! Además la noche es larga y no tenemos prisa. ¡Qué magnífico paseo, amigo mío! ¡Cuánto me agradan las estensas praderas que desde aquí se descubren, esos espesos arbolados de derecha é izquierda, y sobre todo ese castillo secular que aparece en el fondo del cuadro! ¿Estais seguro de que efectivamente es el castillo de Rencey?

—Señorita, replicó Raimundo sentándose junto al timón, veo que dais mucha importancia...

—Muchísima, contestó Coraly con afectación, porque me gusta conocer bien mi carta geográfica, por lo mismo que tengo miedo de perderme. ¿Con que ese dominio es el antiguo señorío del marqués de Rencey?...

—Sí, señorita.

—Del ex-marqués de Rencey, que tiene una hija única, tan perfectamente hermosa, según aseguran....

Al pronunciar estas palabras observó Coraly atentamente la fisonomía del capitán: este bajó los ojos fijándolos en el fondo de la barca; sus manos abandonaron de pronto la escota de la vela que se preparaba á arriar, y todos sus movimientos revelaron una perplejidad tan estraña como inesperada.

Todo acababa de explicarse rápidamente y al resplandor de la luna. Coraly amaba á Raimundo y había sentido esta pasión de pronto en una cena de Barras, precisamente cuando se comprometió á hacer que nuestro oficial cayese en un lazo, es decir á entregarlo á merced del Directorio, y por consiguiente á los tribunales de la República, si era culpable de conspiración. ¡Ah! Ella fué la que quedó prendida en sus propias redes: la pobre jóven metió en ellas un pié, que ya no pudo desprender de las mallas, y quedó enredada para siempre. Odiando desde aquel instante el vergonzoso papel que el director, su gran *Pericles*, tenía empeño en hacerle representar, había jurado dos cosas; mistificar á Barras continuamente y lo más pronto que pudiese, y conquistar el amor del capitán, cuyo corazón quería al menos que fuese suyo, ya que no lo-grase la inapreciable dicha de aspirar á su mano y llevar su nombre. Era por lo tanto digna de compasión, y la terrible verdad, que brilló á sus ojos en la barca de Raimundo y en aquella magnífica noche de luna, debió atravesar su pecho con indecible crueldad.

Pero Coraly tenía una energía poco común, según pode-



Las cenas del Directorio.

mos colegir de las pruebas que hasta aquí nos ha ofrecido: recobróse pues, y afectando una serenidad que no abrigaba, dijo alegremente:

—¿A que no sabeis, capitán, la idea que me ha ocurrido?

—Explicaos, señorita, respondió Raimundo.

—Deseo visitar ese castillo.

—¿A estas horas? exclamó el oficial conmovido, aunque aparentando tranquilidad. Me parece que la visita se opone á las conveniencias....

—No lo creais: una visita á las ocho ó las nueve de la noche es de moda y de buen gusto.

—Pero, señorita, vuestro traje es un disfraz, y en cuanto al mío.... ¿cómo quereis que me presente así?

—Llevais chaqueta, pantalón y sombrero de un pescador, y yo estoy vestida de *currutaco*; de modo que los dos iremos disfrazados. Hé aquí una razón incontestable para que no nos

conozcan y para que nos acojan bien, gracias á la novela que podemos componer: creo que aventura probable. Ea! ¿quereis poner la proa en esta noche el castillo de Rencey.

Hacia ya diez minutos que el capitán había dirigido la barca al medio del río, procurando acercarse todo lo posible á la orilla opuesta. La conocía la impetuosidad de su carácter y Raimundo sabía de su voluntad; así pues, supuso desde luego á su adversario. Preparóse á una lucha, que podría ser peligrosa para la bella y generosa Coraly. Vigilando por consiguiente todos los movimientos de su compañera, la habló así:

—Ignoro, señorita, con qué objeto quereis obligarme á que os conduzca á Rencey; lo cierto tiene una edad avanzada y está loco, sin que eso deje de inspirar el mayor respeto. Solo tiene á su lado una hija, que es hermosísima, según dijisteis antes, y virtuosísima, según puedo aseguraros. Rencey es un edificio en el cual se ha cebado la desgracia: todavía se llora en él la muerte de un hijo y la de un hermano querido... Os declaro pues, señorita, que por mi parte me es imposible acompañaros y presentarme en Rencey y disfrazada bajo frívolos pretextos á pedir una hospitalidad cuyo único pretexto es satisfacer vuestro capricho.

—Señor capitán, contestó Coraly, yo tengo la mala costumbre de pretender que se me obedezca cuando no ordeno cosas imposibles, y soy muy testaruda en mis caprichos. He formado la resolución de visitar á los moradores del castillo de Rencey, y la llevaré á cabo, sin que nadie pueda echarme en cara una inconveniencia. El caballero Chateaneuf conoce bastante la sociedad para salir airoso de una aventura cuya responsabilidad toma por cuenta propia. Sin embargo, estoy dispuesta á evitaros un disgusto (pues me parece que mi resolución os aflige mucho), y así no me acompañareis, y aun dejaré mi visita al castillo para mañana, á fin de que no padezca en lo más mínimo la reputación de tan noble dama. Tal vez se hubiera hablado de mi visita nocturna, lo cual haría poco favor á su austera virtud. Dios me libre de profanar la nube virginal que forma la aureola de una santa. ¡Ah capitán!... ¡Qué sacrilegio!

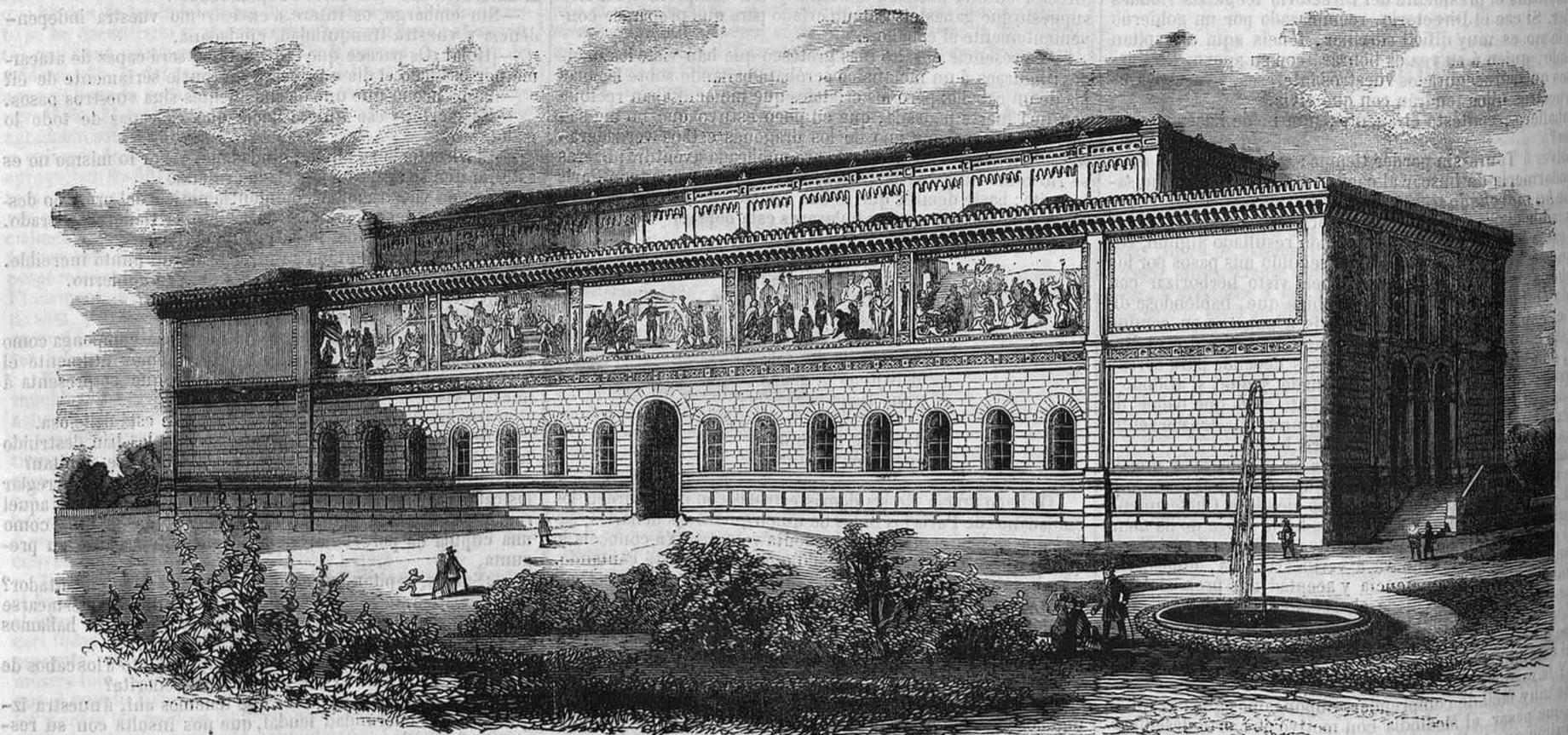
La ironía era feroz; Raimundo la sostuvo, y repuso estrechando las manos de Coraly:

—Sois una aturdida encantadora: dejad pues que en presencia de las estrellas y de esa luna que nos sonríe os beses la mano, como hombre tres veces agradecido y como un amigo constante.

—Sí; besad mi mano, capitán: es una felicidad que nunca he llegado á comprender, pero que sin duda tiene sus encantos. También es para algunos el seguro medio de salir de una posición comprometida. Ahora virad de bordo, pues nada se opone á ello, y Francisco debe esperarme en la orilla con los caballos.

—¡Ah! se me olvidaba afirmaros de nuevo que mañana me presentaré en el castillo de Rencey con el nombre y traje del caballero Chateaneuf.

(Continuará.)



El nuevo Pinakothek en Munich.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo 26.

hallar  
mas  
acci  
si es  
don  
y co  
form  
los a  
en in  
volu  
de e  
dent  
dera  
temp  
tástr  
y Ho  
I  
la de  
el m  
to de  
E  
teng  
euro  
por  
dad  
cos.  
pren  
obje  
en l  
gion  
una  
teni  
vida  
y to  
De e  
tura  
del  
que  
toda  
asiát  
una  
I  
la li  
libre  
les,  
tico  
tad,  
ente  
bible  
lucio  
en E  
nas é  
unic  
un d  
com  
con  
suan  
su su  
medi  
do y  
rand  
E  
de vi  
lueg  
jelo  
á la  
tual  
no in  
lia M  
una  
indig  
recci  
naci  
hech